
CONSTRUCCIÓN DE LA FEMINIDAD EN SIGMUND FREUD

«En grave empeño me pongo. No es ya sólo un vulgo ignorante con quien entro en la contienda: Defender a todas las mujeres, viene a ser lo mismo que ofender a todos los hombres: pues raro hay que no se interese en la precedencia de su sexo con desestimación del otro. A tanto se ha extendido la opinión común en vilipendio de las mujeres que apenas admiten en ellas cosa buena.

En lo moral las llena de defectos, y en lo físico de imperfecciones. Pero, donde más fuerza hace es en la limitación de los entendimientos. Por esta razón, después de defenderlas con alguna brevedad sobre estos capítulos discurriré más largamente sobre su aptitud para todo género de Ciencias y conocimientos sublimes.» [Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro (1676-1764): *Defensa de mujeres* (1726), considerado el primer tratado del feminismo español]

«Edipo: ¿Es el sexo de las mujeres realmente tan inferior? Tiresias: En absoluto. Nada es inferior, excepto para los dioses.» [Cesare Pavese: *Dialoghi con Leucò*. Torino: Einaudi, 1947. [racconti: conversazioni a due tra personaggi mitologici]]

«Tiresias, que fue hombre y que también fue mujer, y gracias a eso puede dar respuesta a una duda que tenían los dioses: ¿en el sexo disfruta más la mujer o el hombre? Citado ante Júpiter y Juno para dirimir en la disputa entre Júpiter y su esposa Juno, Tiresias dictaminó que eran las mujeres las que más disfrutaban del sexo, lo que contrarió sobremanera a Juno que, enfurecida por haber perdido la discusión, castigó a Tiresias con la ceguera. Zeus, compadeciéndose de él, le otorgó, como compensación por haber perdido la vista, el don de la profecía y una larga vida.» [Ovidio: *Las metamorfosis*. Libro III, Tiresias (316 - 338)]

En la mitología romana, Juno era una diosa, equivalente a la Hera griega, esposa de Zeus en el panteón olímpico griego, diosa del matrimonio y reina de los dioses. Juno era hija de Saturno y Ops, hermana y esposa de Júpiter, con el que tuvo dos hijos, Marte y Vulcano y una hija, Lucina. Juno fue una deidad mayor de la religión romana y formó parte, junto a Júpiter y Minerva, de la Tríada Capitolina. En la mitología romana Juno representa a la maternidad.

•

«Todo el edificio de la cultura no es solo política. La razón por la que la política en el ámbito institucional es tan ajena a las mujeres es porque todo el edificio de la cultura ha sido construido por la primacía del primer sexo. Necesitamos narrativas que nos permitan darnos cuenta de lo que significa ser mujer. Los mitos han sido escritos siempre por hombres, desde Homero hasta el *Mahabharata*.

Así es. Durante varios milenios, bajo el patriarcado, han sido en gran parte los hombres los que han escrito novelas, la filosofía o la ciencia que se han transmitido. También había mujeres, pero no tenían difusión. Un ejemplo es la filosofía: fui a la escuela a los seis años, obtuve un doctorado sin haber leído a una sola mujer, y no estoy hablando sólo de filósofas.» [Chiara Bottici, filósofa de la Nueva Escuela de Investigación Social de Nueva York]

LA DIFÍCIL "COMPRENSIÓN" DE LA FEMINIDAD

Freud no generaliza el concepto de sexualidad convirtiéndolo en un concepto vago, como sugiere Simone de Beauvoir, sino que generaliza el concepto de sexualidad teniendo en cuenta toda su complejidad.

No aplicar sistemas filosóficos o de creencias, con un concepto unitario de lo que "debe" ser el ser humano, al psicoanálisis. El psicoanálisis intenta ser un método científico de investigación, basado en la observación clínica y en la interpretación (o "construcción" hipotética) de los datos que arroja la observación clínica.

No se puede rechazar la primacía de una sexualidad compleja, diluyéndola en el concepto de una básica unidad humana original. No se puede aplicar al psicoanálisis un sistema filosófico de creencias, ni impregnar el psicoanálisis freudiano de metafísica jungiana, que intenta diluir los conflictos psíquicos que son esencialmente dinámicos en arquetipos estáticos que operan como entidades metafísicas.

LA CONCEPCIÓN DE LA FEMINIDAD EN SIGMUND FREUD

Juliet Mitchell

DIFERENCIA SEXUAL – BISEXUALIDAD – TENSIÓN INTERGENÉRICA

«El que en un primer momento Freud considerara a todas las criaturas como si fuesen varones no causó, de hecho, ningún daño; al desafiar, posteriormente, su suposición, debió observar *por qué* no era verdadera y así descubrió su verdad: en el nuevo sentido que dio al término "masculinidad" y también en una nueva dimensión que concedió a la bisexualidad. Una vez más se da el caso del retorno, al final de su vida, a sus hipótesis originales y a confirmarlas mediante una comprensión diferente, lo que equivale a darles un nuevo significado.

En el análisis que Freud hizo de sus pacientes, la bisexualidad aparece constantemente. A medida que dejó de ser un postulado primordialmente

biológico, se convirtió en una disposición enfrentada con diversas posibilidades y terminó siendo un componente esencial, aunque irresuelto, tanto teórica como prácticamente.

En 1938, en un último estudio –publicado póstumamente– de las preocupaciones cruciales de la obra de su vida, Freud escribió:

«En este punto [es decir, en el momento edípico] debemos considerar separadamente el desarrollo de los niños y las niñas (de machos y hembras), porque es ahora cuando la diferencia entre los sexos encuentra, por primera vez, expresión psicológica. Aquí nos enfrentamos al gran enigma del hecho biológico de la dualidad de los sexos: es un hecho último de nuestro conocimiento y desafía todo intento de rastrearlo en otra fuente. El psicoanálisis no ha contribuido en nada al esclarecimiento de este problema, que *evidentemente encaja de lleno dentro de la provincia de la biología*. En la vida psíquica solo encontramos reflejos de esta gran antítesis y su interpretación se torna más difícil de hecho –durante largo tiempo sospechado– de que ningún individuo está limitado a las formas de reacción de un sexo único, sino que siempre tiene lugar para aquella del lado opuesto, del mismo modo que el cuerpo lleva consigo, junto con los órganos plenamente desarrollados de un sexo, los atrofiados y a menudo rudimentarios órganos de otro. Porque el distinguir entre macho y hembra en la vida psíquica aplicamos lo que es, obviamente, una ecuación empírica y convencional inadecuada: llamamos masculino a todo lo que es fuerte y activo, y femenino a todo lo que es débil y pasivo. *También este hecho de la bisexualidad psicológica traba todas nuestras investigaciones sobre el tema y las vuelve difíciles de describir* [la cursiva de mía].» [Freud: “Algunas lecciones elementales de psicoanálisis”, 1940 (1938)]

Los psicoanalistas postfreudianos han interpretado, con excesiva frecuencia, que “esta gran antítesis” entre los sexos supone una distinción absoluta entre los hombres y las mujeres para quienes, en consecuencia, la anatomía es el *único* destino. La naturaleza hizo a los sexos esencialmente diferentes y, en virtud de dicha diversidad, así deben operar en la vida social. Por el contrario, lo que Freud significó –obviamente– es que *ambos* sexos reflejaban en su vida psíquica esta gran antítesis; que en el inconsciente y el preconscious de hombres y mujeres por igual hacía eco el gran problema de esta dualidad original. Sin ninguna distinción, ambos sexos están preocupados por la gran antítesis: en diversas formas huyen de sus implicaciones. Tanto hombres como mujeres viven en su vida psíquica la gran dificultad de que haya hombres y mujeres. Únicamente en sus sueños más turbulentos pueden resolver el dilema como lo hace Aristófanes con su jocosa seriedad en el *Simposium* de Platón, donde un hermafroditismo original resuelve el problema tal como deseamos y tememos. [...]

En uno de los últimos ensayos que escribiría (“Análisis terminable e interminable”), Freud acentuó dos expresiones cruciales de la bisexualidad en la vida psíquica: la envidia del pene y el complejo de castración, dos caras de la misma moneda. Freud consideró que nunca eran del todo solubles. En su

última palabra sobre el tema, Freud retornó –aunque críticamente– a su primera inspiración de la bisexualidad. [...] La bisexualidad queda enlazada al decisivo postulado psicoanalítico del complejo de castración. En una nota al pie, Freud señala que la angustia de castración del hombre no impide, por supuesto, su relación con una mujer sino con otro hombre, por ejemplo, en las implicaciones de la homosexualidad, tan decisivas en la posición de seguir-al-líder-padre. El masoquismo y la pasividad de un hombre ante una mujer no implican ningún peligro de pérdida de la hombría ya que es en ese mismo rol que la madre lo aceptó. En otras palabras, la situación femenina solo se aplica, para *ambos* sexos, en la relación con los hombres.» [Mitchell, Juliet: *Psicoanálisis y feminismo. Freud, Reich, Laing, y las mujeres*. Barcelona: Anagrama, 1976, p. 65-68]

LA SEXUALIDAD PREEDÍPICA

«Las etapas eróticas pregenitales, el descubrimiento del yo en el narcisismo, son sexualmente indiferenciados, pero, aunque son preedípicos, tienen lugar bajo la sombra del complejo de Edipo.

La sexualidad pregenital, con sus deseos orales de incorporación del objeto (base para posteriores modos de identificación) y su fase anal (con sus pinceladas sadistas), no es predominantemente masculina ni femenina, y ninguno de los dos sexos responde más intensamente ante una u otra: las variaciones son individuales y accidentales. La tercera fase, la fálica, es, en principio, tan indiferente a las diferencias genéricas como las etapas oral y anal, aunque es el campo donde tiene lugar el reconocimiento de que el poder fálico de otro es más grande y mejor que el propio: en el caso del niño, el padre; en el caso de la niña, el de todos los hombres. La reacción ante este reconocimiento lleva a la envidia del pene en la niña y a la angustia de la castración en el niño. Pero sumido en el narcisismo y en el polimorfismo perverso, el macho se toma a sí mismo como modelo del universo: todos están contruidos a la imagen que él descubre de sí mismo.

Las niñas transfieren a hombres, mujeres y niños su noción de la propia sexualidad, pero durante esta etapa solo experimentan la genitalidad clitoriana; y, puesto que el clítoris es homólogo y análogo al pene, también ellas suponen un mundo fálico.

«Al examinar las primeras formas psíquicas asumidas por la vida sexual de las criaturas, nos hemos acostumbrado a tomar como sujeto de nuestras investigaciones al niño de sexo masculino. Hemos supuesto que con las niñas las cosas deben ser similares, aunque de alguna forma tienen que ser, no obstante, diferentes.» [S. Freud: “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica”]

Solo en 1925, después de la reformulación de la estructura del aparato psíquico (*El yo y el ello*, 1923), Freud se vio obligado a reconsiderar la significación del objeto amoroso preedípico, la madre. Finalmente puso el énfasis en la naturaleza decisiva que tiene para la niña su primera relación con la madre, con alguien del mismo sexo.

«Nuestra incursión en esta temprana fase preedípica en las niñas nos llena de sorpresa, como el descubrimiento de la civilización cretomicénica como etapa anterior a la civilización de Grecia.» [S. Freud: "La sexualidad femenina" (1931)]

Como la madre es el primer objeto amoroso nutritivo y protector para ambos sexos, cabría esperar que la adhesión a ella fuese amorosa, pero nada de esto ocurre. *Precediendo* a cualquier rivalidad que la niña pueda sentir por la madre durante el estadio edípico positivo, ya se encuentra una considerable hostilidad en su actitud. La madre no puede dar lo suficiente al bebé. Después existe la situación en que la niña culpa a su madre por el hecho de ser una niña y no tener pene. Toda esta hostilidad puede transferirse de la madre al marido, quien así reemplaza realmente a la *madre* en la afectividad de la niña. Freud comenta:

«Notamos que muchas mujeres que han elegido a su marido de acuerdo con el modelo de su padre, o que le han hecho ocupar el lugar de este, repiten con él –en su vida matrimonial–, sin embargo, sus malas relaciones con la madre. El marido de tal mujer estaba destinado a heredar la relación de ella con su padre, pero de hecho se convirtió en heredero de la relación con la madre.» [Freud: l. c.]

Freud afirma que todo lo que previamente se pensó como característico de los niños también se encuentra en las niñas. En ambos sexos existe el temor a ser matado por la madre, de modo que se produce un giro hacia la actividad mediante un deseo agresivo de muerte contra aquella. También ambos desean dar a la madre un bebé o haber producido, junto con ella, al hermano o la hermana recién llegados.

A Freud tuvo que recorrer un largo camino desde su arrogante presunción de que la primera sexualidad de la niña era "masculina" y que tenía fin: era "masculina", pero este era solo el comienzo.» [Mitchell 1976: 68-75]

EL COMPLEJO DE CASTRACIÓN

«El concepto freudiano del complejo de castración es uno de los más difíciles de aceptar. Es el tercer concepto íntimamente relacionado, que junto con la bisexualidad y el de Edipo forman la base esencial del posterior desarrollo de las teorías freudianas con respecto a la feminidad. Por último, marca la diferencia psicológica entre ambos sexos: la castración amenazada en el caso del niño y ya consumado o establecido como "carencia" en el caso de la niña. La castración definía a la niña y hacía que el niño abandonara su deseo incestuoso por la madre. La niña se sentía absolutamente inferior porque le faltaba algo, y el niño se sentía temporalmente inferior ante su padre, más poderoso fálicamente. El complejo de castración acababa con el complejo edípico del niño. Freud observó que los niños pequeños adjudican un pene a ambos sexos. Al principio el niño no cree lo que ve: a la niña le crecerá un pene.

«Es fácil observar que las niñas pequeñas comparten plenamente la opinión de su hermano [con respecto al pene]. Desarrollan un gran

interés por esa parte del cuerpo del niño. Pero dicho interés cae rápidamente bajo el imperio de la envidia. Se sienten injustamente tratadas. Realizan intentos por orinar en la postura que es posible para los niños. Cuando la niña declara que "le gustaría ser un chico", sabemos cuál es la insuficiencia que quiere cubrir.» [Freud: *Teorías sexuales infantiles*, 1908]

En el estadio fálico, la niña comprende que no tiene falo y procede a envidiarlo. El niño, al ver la carencia femenina, teme la posible pérdida del suyo. Este es el momento de la diferenciación entre los sexos. Hecha para sentirse *originariamente* privada, la mujer basa sus demandas futuras en su carencia, no menos de lo que el hombre la denigra en virtud de la misma. Se vuelve (a través de la envidia del pene) envidiosa como "por naturaleza"; exige privilegios e inmunidades ("tratamiento de pedestal") para compensarla por su supuesta inadecuación biológica. El clítoris "masculino" es abandonado por ser inferior y no debe ser reactivado en la pubertad, debe "pasar" su sensibilidad a la vagina no despertada previamente: el genital fundamentalmente "femenino", centro de la receptividad y la reproducción.

Al principio la niña solo cree que ella, personalmente, no está bien hecha y que posteriormente su clítoris crecerá. También ella acepta que su madre es fálica. Gradualmente tiene que aceptar que la castración como propia de todas las hembras, de las que ella es una más. Al igual que ocurre con el niño, esto debe acabar con su amor-objeto sexual por su madre.

«Puesto que no existen dudas de que la histeria tiene gran afinidad con la feminidad, del mismo modo que la neurosis obsesiva con la masculinidad, parece probable que, como determinante de la angustia, la pérdida del amor desempeñe en la histeria el mismo rol que la amenaza de castración en las fobias y el temor al superyó en las neurosis obsesivas.» [Freud: *Inhibición, síntoma y angustia*]

Se supone que las mujeres son femeninas, pero este hecho no les confiere derechos más exclusivos sobre la histeria que sobre la feminidad.» [Mitchell 1976: 89-107]

EL COMPLEJO DE CASTRACIÓN Y LA ENVIDIA DEL PENE

«En principio, todos los infantes creen que todas las personas tienen un pene y la niña cree que el suyo crecerá. El niño descubre el temor a la castración a través de las amenazas a sus prácticas masturbatorias y ante la vista de los genitales femeninos o, más bien, tal como le parece, ante la vista de la ausencia de los mismos. La niña solo necesita mirarse a sí misma.

En la fase fálica, el niño puede conservar a la madre como centro de la lujuria. La niña debe pasar de la adhesión a la madre a un deseo sexual por el padre. Esto se interpreta como lo que debe ser su destino biológico. Al tener solamente un clítoris, no puede poseer fisiológicamente a su madre.

Para el niño edípico el padre continúa siendo un rival; para la niña debe convertirse en el ser amado. La niña hace el cambio del amor maternal al

paternal únicamente porque tiene que hacerlo, y le ocurre con dolor y protesta. Debe hacerlo porque no tiene falo. No tener falo significa no tener poder. El ingreso de la niña en su "destino" femenino se caracteriza por la hostilidad hacia la madre por su fracaso en hacer de ella un niño. Se trata de un ingreso marcado por la envidia del pene, que a su vez debe ser reprimida o transformada. La aceptación de la castración no solo significa reconocer la carencia del falo, sino también la decepción y el abandono del clítoris inferior como fuente de satisfacción sexual.

Después del reconocimiento de su castración, la niña encuentra ante sí tres caminos, uno solo de los cuales es "normal". Con el amor hacia sí misma ya destruido por su "carencia", su hostilidad hacia la madre (que se suponía era fálica, pero se la descubrió también castrada) puede hacerla apartarse simultáneamente de las mujeres y de la condición de mujer, en cuyo caso, humillando y despreciando a las mujeres (como hacen los hombres) es probable que se vuelva inhibida y neurótica. También puede negarse a abandonar los placeres del clítoris; si lo hace, permanece en la fase preedípica "masculina". Por último, si explotando "sus impulsos instintivos pasivos", puede transferir sus atenciones sexuales de la madre al padre, puede en principio desear su falo y después, mediante una importante analogía, su bebé, más tarde otra vez al hombre, para darle ese bebé. De este modo se transforma en una pequeña mujer. Esta transferencia de la madre al padre es el complejo edípico "positivo" de la niña y el primer paso correcto en su camino a la condición de mujer: no necesita abandonarlo. Puede, impunemente, continuar amando a su padre y odiando a su madre como rival, especialmente en tanto estas emociones se "desexualizan" con el período de la latencia. El hecho de que la madre como rival sea más fuerte que la niña no parece tener demasiada importancia, ya que aquella no tiene ninguna fuerza y la niña no tiene nada que perder.

Pero el niño teme al padre, que es su rival en el amor de la madre, porque aquel es verdaderamente poderoso y potente y el niño sí tiene algo que perder: esa potencia. De modo que, mientras la niña puede transitar segura en esta etapa de la vida, el muchacho debe abandonarla rápidamente antes de ser cegado (castrado) –como Edipo– por matar a su padre y copular con su madre.

En 1916m Freud habla del "Ricardo II" que hay en nosotros, del resentimiento por las heridas infligidas al amor propio, por no haber nacido en cuna de oro, por no tener un supercerebro, o belleza. Según Freud, existe una categoría general de personas nacidas con la tristeza del rey tullido y deforme:

«Podemos afirmar que la pretensión de las mujeres a privilegios y a ser dispensadas de muchos de los inconvenientes de la vida, reposan sobre el mismo fundamento. Tal como aprendemos en la actividad psicoanalítica, las mujeres se consideran perjudicadas en la infancia, injustamente carentes de algo o injustamente tratadas; el rencor de tantas hijas por sus madres deriva, en última instancia, del reproche que le hacen por haberlas traído al mundo como mujeres y no como

hombres.» [Freud: "Varios tipos de carácter descubiertos en la labor analítica" (1916)]

En un momento narcisista la niña abriga, simplemente, la esperanza de que posteriormente tendrá un pene o de que el clítoris crecerá. Si no abandona esta condición, desplegará lo que comúnmente se conoce como "complejo de masculinidad" en años posteriores.

El sentimiento de la inferioridad del clítoris acarrea una ola de represión: por lo general se renuncia a la masturbación, en tanto la niña no desea que se le recuerde el sentimiento de humillación. Según Freud, la diferencia entre los sexos se ha trasladado así de la pubertad al complejo de Edipo y de este a la situación preedípica. En tanto el complejo de castración anula el complejo edípico del niño, inaugura el de la niña, a medida que con desesperación y resentimiento se vuelve de la madre al padre. Solo cuando Freud observó la castración a la luz del complejo edípico del niño, logró finalmente abandonar su proposición análoga para ambos sexos y, por último, proponer las bases de la diferencia.» [Mitchell 1976: 108-113]

LOS EXCREMENTOS – EL PENE – EL BEBÉ

«La adhesión de la niña al padre y el distanciamiento de la madre preedípica tiene lugar en la línea de lo que Freud designa como la ecuación "excrementos – pene – bebé". Entre todas, a menudo es esta noción la más ofensiva y la sugerencia que más rechazo ha causado. Pero esta ecuación se refiere a la forma en que actúa el inconsciente. [...]

El lenguaje del proceso primario es simbólico, hace uso de la condensación, el desplazamiento y la simbolización, y todo puede ocurrir al mismo tiempo. Los niños creen que los bebés nacen analmente, como los excrementos: el esfuerzo, el alivio, la producción de algo nuevo que sale de uno mismo, es prototipo del nacimiento. Las heces producidas para la madre (o para la persona tutelada) son ofrecidas como un regalo por el niño; de aquí una cadena de "pensamientos" conduce a una equiparación con el dinero, pero otra a una reconfirmación de la producción de un bebé, que también es siempre "dado", es un don ("él le ha *dado* un hijo", "ella la ha *dado* un hijo"). Al mismo tiempo, los excrementos (columna que estimula las membranas del intestino) son, en términos psíquicos, precursores del pene y, lamentablemente, como los excrementos, el pene es pensado como una parte del cuerpo que puede ser perdida, abandonada, renunciada (castración).

«Los excrementos – el dinero – el don – el bebé – el pene, son tratados como si significaran la misma cosa y también son representados por los mismos símbolos.» [Freud: Lección XXXII, "La angustia y la vida instintiva", *Nuevas aportaciones al psicoanálisis*]

Tal simbolización no es peculiar de las niñas: los mecanismos de los procesos inconscientes no están determinados sexualmente; es dicha simbolización la que ha *sido usada* por las niñas en su evolución hacia la feminidad. [...] La equivalencia e intercambiabilidad del pensamiento inconsciente en los excrementos – el pene – el bebé, pueden verse en las manifestaciones

lingüísticas de la vida cotidiana y de los sueños: se dice "la cosita" tanto para referirse a un pene como a un bebé.

«Es bien conocido el hecho de que el lenguaje simbólico ignora, a menudo, la diferencia sexual. La "cosita", que originalmente significó el órgano genital masculino, puede haber adquirido así una aplicación secundaria a los genitales femeninos.» [Freud: "Sobre las transmutaciones de los instintos y especialmente en el erotismo anal", 1917]

La niña pequeña, al haber intentado al menos abandonar su deseo de un pene, continuará deseándolo, no obstante, como regalo de una "cosita", en primer lugar, de su padre y, posteriormente, de su marido. En este punto aparece otra de las aseveraciones de Freud: solo el nacimiento de un hijo varón concede a la mujer el pene que ansía y (lo que es menos importante) la mujer solo se sentirá contenta con su matrimonio (como distinto a su maternidad) cuando pueda llegar a hacerle la madre a su marido y a transformarlo también en su "cosita".» [Mitchell 1976: 114-117]

EL CLÍTORIS Y LA VAGINA

«A pesar de la controversia existente en los círculos psicoanalíticos durante las décadas del veinte y del treinta, Freud se atuvo a su convicción de que la vagina solo era descubierta como lo que era, en la mayoría de los casos, durante la pubertad. [...]

Existe una razón evidente para la afirmación de Freud sobre la ignorancia infantil general con respecto a la vagina, una razón distinta a la ausencia de su presencia en los recuerdos reprimidos de sus pacientes. Si toda la evidencia muestra que en una etapa la criatura cree en la presencia universal del falo, la hipótesis de la vagina no es compatible con esta evidencia.

Un avance sobre el tema proviene de un ensayo de Ruth Mack Brunswick, estimulado y aprobado por Freud, aunque no se publicó hasta poco tiempo de su muerte:

«La vagina, tal como la conocemos, deriva principalmente su sensibilidad del clítoris y, secundariamente, del ano. Ha llegado a cuestionarse si, como hasta ahora se ha sostenido, la vagina siempre es (o al menos generalmente) un "órgano silencioso", hasta la adolescencia. Actualmente parece probable que con frecuencia exista una temprana sensibilidad vaginal de origen anal... Huelga decir que, aunque existe dicha sensibilidad vaginal, su rol es decididamente menor y secundario al del clítoris como órgano de la sensibilidad infantil.» [Ruth Mack Brunswick: "The Pre-Oedipal Phase of the Libido Development", 1940]

Freud jamás pensó que el clítoris se convirtiera automáticamente en algo fisiológicamente desensibilizado. Su estimulación podía desempeñar un rol preparatorio del intercambio sexual, pero si todo el interés sexual permanecía enfocado en el clítoris, la vagina permanecería, probablemente, anestesiada,

y la mujer "clitoridiana" no desearía la penetración del pene. De modo que la mujer "normal" debe transferir la sensibilidad del clítoris a la vagina. Hay que tener en cuenta que Freud habla de un proceso psicológico. [...] Según la teoría freudiana, el desarrollo de la feminidad *depende* de la temprana supresión del clítoris, y su teoría de las consecuencias psíquicas de la bisexualidad *depende* de la actividad clitoridiana en la etapa fálica y de la ignorancia de la vagina. [...]

La niña preedípica abandona a su madre como objeto amoroso bajo la influencia del sentimiento de inferioridad de su clítoris. Al mismo tiempo, es probable que también renuncia a su clítoris. No quiere nada que le recuerde la herida inferida a su narcisismo: ni su madre, responsable y "castrada", ni su propio "pequeño pene". Ambas cuestiones marchan juntas. [...]

La niña comprende que no puede poseer a su madre, de ahí que el clítoris pierda sus connotaciones activas y cuando su sensibilidad vuelve a emerger en la pubertad, es probable que lo haga en un rol con objetivos pasivos, sin expresar ya la urgencia arrolladora que la niña preedípica compartía con el niño y que ahora es autoerótica y preliminar de la penetración vaginal. [...] La evolución de una dama implica una transición de la dominación preedípica del clítoris activo a la dominación púber y adulta de la vagina, a la que el clítoris re-despertado transmite su sensibilidad. [...]

La transferencia del clítoris da la vagina, que fomenta y promueve el futuro dominio de los objetos pasivos para la formación de la feminidad, es un proceso tramposo, como Freud nunca se cansó de señalar. Está íntimamente unido al segundo cambio exigido a la futura mujer: el cambio del amor por la madre al amor por el padre.» [Mitchell 1976: 117-121]

LA MADRE PREDÍPICA Y EL PADRE EDÍPICO

«El descubrimiento de la madre preedípica lo compara Freud al descubrimiento de la cultura cretomicénica, anterior a la griega. Se trata del descubrimiento de la fase cretomicénica preedípica, tan decisiva para la feminidad. Los niños y las niñas comparten este primer período, pero las implicaciones del mismo son distintas para cada sexo. **El complejo de Edipo, la estructura de una cultura patriarcal, ocultó la fase preedípica. Freud oscureció el papel de la madre para sus pacientes femeninas. La civilización griega domina en la construcción analítica, de modo que la adhesión a la madre fue descubierta más tarde por Freud.** Él mismo explica así la dificultad que tuvo en desentrañar las reliquias "creto-micénicas":

«Todo en la esfera de esta primera adhesión a la madre me resultaba tan difícil de aprehender en el análisis (tan diluido por el tiempo, y oscurecido, casi imposible de revivir) que era como si hubiese sucumbido a una represión especialmente inexorable. Pero quizá tuve esta impresión a raíz de que las mujeres que se analizaban conmigo se aferraban a la adhesión al padre, en la que habían buscado refugio desde la primera etapa que estaba en cuestión.» [Freud: "La sexualidad femenina"]

Las mujeres analistas, sostuvo Freud, tendrían más suerte, ya que sus pacientes se sentirían inclinadas a transferirles algo de su adhesión a la madre. [...] La situación edípica de la niña constituye un total desplazamiento de la adhesión a la madre por la adhesión al padre, pero, como en todos los desplazamientos, lo que ha sido desplazado permanece. Desde el momento en que Freud se dio cuenta de la importancia de la madre preedípica, comprendió cómo esta figura todopoderosa subyacía en la mayoría de las fantasías de la niña en relación tanto con el padre como con sus sustitutos posteriores: por ejemplo, el marido. [...]

La comprensión de que es como su madre "castrada", a menudo hace que se vuelva violentamente contra ella. Pero en el "mejor" de los casos su hostilidad solo puede reprimir la adhesión y aquello que se reprime siempre está destinado a retornar o a encontrarse meramente disfrazado en la nueva adhesión. Así, detrás del amor de la niña por el padre, acecha su amor por la madre; para toda mujer "normal" que escoge a su marido de acuerdo con el modelo aceptable de su padre, las dificultades que sobrevienen probablemente se hacen eco de aquellas que surgieron por el amor y el odio hacia la madre. El padre y los hombres que le siguen solo son figuras secundarias, ya que el primer lugar como objeto amoroso lo ocupa la madre, para ambos sexos. [...]

La potencia del período preedípico en las niñas, que es tan fuerte en sus protestas solo en virtud de que es ferozmente negado, y dentro del cual se produce el reconocimiento de su "castración", predispone a la mujer hacia un tipo peculiarmente femenino de neurosis (la histeria). Del mismo modo que los complejos de Edipo y de castración predisponen a los hombres a su neurosis típica (la obsesividad).» [Mitchell 1976: 121-124]

LA AUTÉNTICA MUJER Y LAS ALTERNATIVAS

«Para el hombre acechan los peligros inherentes a amar al segundo sexo. Freud comenta cómo este marido "edípico", amando a su madre reencarnada en su esposa, descubre que solo a su hijo varón se le otorga realmente el amor al cual él aspira. Con el nacimiento de un hijo varón, pueden unirse los dos cabos de los primeros deseos sexuales de la mujer: puede ser la madre a la que amó y con la que se identificó y tener el falo (ahora el hijo) que tanto envidió.

El hombre, que llegó más tarde, puede, en la más "femenina" de las mujeres, descubrir que recibe su parte de la hostilidad y la adhesión a la madre que lo precedió. Porque a menudo la más fuerte adhesión al padre y sus herederos solo es un indicativo de la negativa de una adhesión excesiva a la madre. O, alternativamente, puede ser la glorificación del narcisismo, de modo que el hombre es elegido de acuerdo con el tipo de mujer que le habría gustado ver. Estos son los peligros que acechan al hombre a partir de una mujer verdaderamente femenina.

También existen diversas alternativas del tortuoso camino hacia la condición de mujer. Existe el camino relativamente directo de una retención de la

adhesión original a la madre, que probablemente emergerá como lesbianismo tardío; o una envidia del pene no disfrazada en la emulación de tareas masculinas.

Las mujeres ambiciosas y las "perversas" comparten la misma herencia de retener intacta la civilización cretomicénica: un amor por la madre preedípica por un lado, y por el otro el deseo de un falo masculino. Pero también la mujer "normal" oculta detrás de su feminidad ambos factores. En todos los tipos de mujeres, la estructura doble (la civilización cretomicénica y la de los griegos superpuestas) se hacen sentir en una u otra forma. **Detrás de todas hay una mujer: la madre, tanto para el niño como para la niña, para el hombre como para la mujer.**

Como prefirió expresarlo Freud, la bisexualidad es más fuerte en las mujeres que en los hombres... porque la niña siempre tiene dos objetos amorosos (la madre y después el padre), el niño solo uno. Pero la cultura humana somete todo (incluyendo la primacía de esta adhesión a la madre) a la ley del padre, en cuyo nombre el niño y la niña emprenden sus distintos destinos.» [Mitchell 1976: 131-132]

«Esto es todo lo que tenía que decir acerca de la feminidad. Ciertamente es incompleto y fragmentario y no siempre suena amistoso... Si queréis saber más con respecto a la feminidad, interrogad a vuestras propias experiencias de la vida, o volved hacia los poetas, o esperad a que la ciencia pueda ofrecernos una información más profunda y más coherente.» [Freud: "La sexualidad femenina"]

"MASCULINO" Y "FEMENINO"

A lo largo de la mayor parte de su obra, Freud consideró inadecuado el vocabulario activo/pasivo y meramente convencional la distinción entre masculino y femenino. Lo que no significa que no existan importantes diferencias en la formación psicológica de ambos sexos.

«Estamos habituados a emplear «masculino» y «femenino» también como cualidades anímicas, y de igual modo hemos trasferido el punto de vista de la bisexualidad a la vida anímica. Decimos entonces que un ser humano, sea macho o hembra, se comporta en este punto masculina y en estotro femeninamente. Pero pronto verán ustedes que lo hacemos por mera docilidad a la anatomía y a la convención. **No es posible dar ningún contenido nuevo a los conceptos de masculino y femenino. Ese distingo no es psicológico; cuando ustedes dicen «masculino», por regla general piensan en «activo», y en «pasivo» cuando dicen «femenino».** Es cierto que existe una relación así.

La célula genésica masculina se mueve activamente, busca a la femenina, y el óvulo permanece inmóvil, aguardando de manera pasiva. Y aun esta conducta de los organismos genésicos elementales es paradigmática para el comportamiento de los individuos en el comercio sexual. El macho persigue a la hembra con el fin de la unión sexual, la

apresa y penetra en ella. Pero así habrán reducido ustedes, para la psicología, el carácter de lo masculino al factor de la agresión. Y empezarán a dudar de haber dado con algo esencial si piensan que en muchas clases de animales las hembras son las más fuertes y agresivas, y los machos son activos exclusivamente en el acto de la unión sexual. Tal sucede, por ejemplo, en las arañas.

Las funciones de la crianza, que nos parecen por excelencia femeninas, tampoco se asocian entre los animales de una manera regular con el sexo femenino. En especies muy adelantadas en la escala zoológica se observa que los sexos se distribuyen la tarea de la cría, o aun sólo el macho se consagra a ella.

También en el campo de la vida sexual humana notarán enseguida **cuán insuficiente es hacer corresponder conducta masculina con actividad, y femenina con pasividad**. La madre es en todo sentido activa hacia el hijo, y hasta respecto del acto de mamar puede decirse tanto que ella da de mamar al niño cuanto que lo deja mamar de ella. Y mientras más se alejen del ámbito estrictamente sexual, más nítido se les volverá ese error de "superposición".

Las mujeres pueden desplegar gran actividad en diversas direcciones, y los varones no pueden convivir con sus iguales si no desarrollan un alto grado de docilidad pasiva. Si ahora me adujeran que justamente esos hechos contendrían la prueba de que tanto varones como mujeres son bisexuales en sentido psicológico, yo inferiría que se han decidido de manera tácita a hacer coincidir «activo» con «masculino» y «pasivo» con «femenino». Pero se lo desaconsejo. Me parece inadecuado y no aporta ningún discernimiento nuevo.

Podría intentarse caracterizar psicológicamente la feminidad diciendo que consiste en la predilección por metas pasivas. Desde luego, esto no es idéntico a pasividad; puede ser necesaria una gran dosis de actividad para alcanzar una meta pasiva. Quizás ocurra que desde el modo de participación de la mujer en la función sexual se difunda a otras esferas de su vida la preferencia por una conducta pasiva y unas aspiraciones de meta pasiva, en extensión variable según el imperio limitado o vasto de ese paradigma que sería su vida sexual. No obstante, **debemos cuidarnos de pasar por alto la influencia de las normas sociales, que de igual modo esfuerzan a la mujer hacia situaciones pasivas. Todo esto es todavía muy oscuro.**» [Freud: *Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis*, Lección XXXIII, "La feminidad", en *Obras completas* de Sigmund Freud (Buenos Aires: Amorrortu, 1976), vol. XXII]

RECEPCIÓN Y CRÍTICA DE LAS TEORÍAS DE SIGMUND FREUD

«Freud se formó con esta actitud forjada por su cultura: no solo la cultura de la Europa victoriana, sino la judía, en la que los hombres rezan diariamente: "Te agradezco, Señor, que no me hayas hecho mujer" y las mujeres oran, en

el sometimiento: "Te agradezco, Señor, que me hayas creado según tu voluntad.» [Betty Friedan]

«La totalidad de la teoría freudiana de la civilización se basa en el estrecho mundo en que él vivió. Freud es una criatura de sus propios tiempos.» [Eva Figs]

«La historia no hizo a Freud; Freud hizo la historia.» [Octave Mannoni]

Muchas autoras feministas reducen las teorías de Freud a las realidades sociales de las que Freud dedujo sus enunciados psicológicos. Freud nunca negó que el padre tuviera el poder, sino que se interesó en qué forma se reflejaba esta realidad social en la vida psíquica. Lo que estas autoras hacen es eliminar la vida psíquica. Para ellas todo ocurre realmente y no existe otro tipo de realidad que la social. Freud no excluyó la realidad social, sino que asumió, sencillamente, que tenía algún efecto psicológico y se dedicó a investigarlo. No tenía la confianza de algunas autoras en que la realidad social fuese *todo* o que "apareciera primero", y que, una vez aprehendida, podía desecharse sin dejar rastros en la vida psíquica. El deseo, la fantasía, las leyes del inconsciente e incluso la inconsciencia, están ausentes del realismo social de las críticas feministas. El empirismo desenfrenado niega más que el inconsciente: niega a la mente cualquier atributo que no sea la racionalidad. Los niños de las feministas nacen directamente en el principio de realidad, no así los de Freud. «No podemos separar la interpretación freudiana de la forma en que razona un niño de la forma en que razona el mismo Freud» [Kate Millett]. Claro que no, y por muy buenas razones. Freud estaba tratando de explicar lo que hacía la "fantasía" femenina con los hechos sociales y las exigencias culturales, y cómo razonaba un niño.

La conciencia, la racionalidad y la realidad social son todo. Esta creencia feminista en la presencia exclusiva del principio de realidad es una expresión de deseos. Esto sitúa en un contexto absolutamente falso a todo lo que Freud dijo sobre las mujeres.

Freud tuvo una actitud ambivalente ante el interés público por sus teorías. Por un lado, consideró el repudio de sus ideas como un importante indicativo de la validez de las mismas y la fácil aceptación lo ponía nervioso. En 1907 le escribió a Jung: "La gente no desea ser esclarecida. Por eso por ahora no pueden comprender ni lo más sencillo. Cuando estén preparados, ya verá que son capaces de comprender las ideas más complicadas. Hasta entonces nada puede hacerse, salvo continuar trabajando y discutiendo lo menos posible." Freud estaba ansioso por volver todo fácilmente comprensible (¡la obra de Lacan equilibra la balanza!).

Con diversos grados de sutileza, Freud es pintado como uno de los más grandes misóginos de todos los tiempos. A Freud se le atribuyen muchas cuestiones de las que ni él ni su ciencia son responsables. Los malentendidos populares generales se reflejan en las obras de muchas autoras feministas, en detrimento de cualquier progreso y de la comprensión feminista de la mujer. Freud es el blanco número uno como macho chauvinista personal. El Freud que las feministas han heredado está muy lejos del original. Al rechazar

violentamente a un Freud que no es Freud, se han perdido las únicas posibilidades importantes que tenemos hasta el momento de comprender la psicología de las mujeres y los aspectos psicológicos e ideológicos de la opresión. Ni la contribución de Freud sobre la feminidad ni la ciencia del psicoanálisis son intachables ni completas, pero para poder avanzar es indispensable retornar a estas fuentes. "El empleo del análisis como arma de controversia no puede conducir, evidentemente, a ninguna decisión" (S. Freud).» [Juliet Mitchell, o. c.]

DOS FASES DEL DESARROLLO SEXUAL DE LA NIÑA

En la etapa oral y anal, ambos sexos tienen una sexualidad polimorfa. Solo en la siguiente etapa (la fálica) la evolución de los dos sexos comienza a diferenciarse. La niña tiene un desarrollo genital en dos pasos: primero, la sensibilidad clitoridiana infantil (estadio análogo a la concentración del niño en el pene), y en la pubertad hace una transición necesaria a la vagina como órgano de la sexualidad de la condición de mujer.

Para Simone de Beauvoir la norma es el niño y su pene y la niña es solo una deformación del mismo. Esto es cierto con respecto a los primeros modelos de Freud, como él mismo reconoció más tarde en forma auto-crítica. Esto llegó a ser un problema al que Freud se refirió reiteradamente con preocupación creciente. Freud estaba sumamente preocupado, pero también sumamente inseguro en esta cuestión. Beauvoir afirma que la tesis freudiana asume que hay una superioridad original en el hombre, en tanto que, para ella, esta es socialmente inducida.

COMPLEJO DE ELECTRA

«Entre los sexos hay otra diferencia relacionada con el complejo de Edipo. Tenemos la impresión de que lo que hemos dicho acerca del complejo edípico se aplica con toda justeza únicamente al niño del sexo masculino y que tenemos razón al rechazar la expresión "complejo de Electra", que intenta acentuar la analogía de la actitud de ambos sexos» (Freud: "La sexualidad femenina"). «No veo ningún progreso ni beneficio en la introducción de la expresión "complejo de Electra", y no abogo por su uso» (Freud: "Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina", 1920).

«Realmente, el complejo de Edipo es un mito patriarcal y aunque Freud nunca lo manifestó, sin duda la importancia de este hecho se encuentra detrás de su repudio de un mito paralelo para las mujeres, el así llamado complejo de Electra [propuesto por Jung]. Freud siempre se opuso a toda idea de simetría en la "formación" cultural de hombres y mujeres. Un mito para las mujeres tendría que estar dominado por las mareas del complejo de Edipo más intensamente, porque la mujer ingresa en un mundo del hombre: la complementariedad y el paralelismo están fuera de la cuestión. Al principio, ambos sexos desean ocupar el lugar del padre y de la madre, pero como no pueden ocupar *ambos* lugares, cada sexo tiene que aprender a reprimir las características del otro. Pero ambos, a medida que aprenden a hablar y a vivir

en el interior de la sociedad, desean ocupar el lugar del padre y *únicamente al niño se le permitirá hacerlo algún día*.

Aún más, ambos sexos nacen en el deseo de la madre y en virtud de que a través de la herencia cultural lo que la madre desea es el falo-transformado-en-bebé, *ambos* desean ser el falo para la madre. También en este caso, *únicamente el niño puede reconocerse plenamente en el deseo de su madre*. De este modo, *ambos* sexos repudian las implicaciones de la feminidad. En consecuencia, la feminidad es, en parte, una condición reprimida que solo puede adquirirse secundariamente en forma distorsionada. En virtud de que es reprimida, la feminidad es muy difícil de comprender, tanto con la investigación psicoanalítica como sin ella: reaparece en síntomas tales como la histeria. En el cuerpo del histérico (hombre o mujer) mora la protesta femenina contra la ley del padre. Pero lo que se reprime es tanto la representación del deseo como su prohibición: en ello no hay nada "puro" ni "original". [...] Freud siempre afirmó que la mujer era "más bisexual" que el hombre. Su aseveración parece apuntar al hecho de que en el patriarcado el deseo de la niña por ocupar el lugar del padre y ser el falo para la madre es tan poderoso como el derecho posterior del niño a hacerlo.» [Mitchell, Juliet: *Psicoanálisis y feminismo. Freud, Reich, Laing, y las mujeres*. Barcelona: Anagrama, 1976, p. 408-409]

CRÍTICA AL MODELO DE LA FEMINIDAD DE FREUD

Renate Schlesier

«Puesto que un genio no necesita explicación y dado que una explicación que defiende a la mediocridad contra el genio es dañina, al psicoanálisis solo le resta una justificación: todavía logra ser útil para desenmascarar al psicoanálisis.» [Karl Kraus: *Nachts*]

«En cierto sentido, no existe ninguna razón por la cual el psicoanálisis no pueda utilizarse para comprender precisamente la teoría psicoanalítica, *pero* todo lo que desenmascara son las motivaciones inconscientes o preconscientes; no es un juicio ni siquiera un medio de evaluación y deja a la persona o al acontecimiento "intactos".» [Mitchell 1976: 423-424]

Los que han defendido la teoría o construcción de la feminidad de Sigmund Freud la han desactivado o banalizado, y los que la han rechazado de plano lo han hecho de forma dogmática. Pero los que la han intentado corregir para ponerla al día, no han hecho una crítica inmanente y han pasado por alto las contradicciones reales de la construcción freudiana y sus vicisitudes históricas. Algunos autores, como Renate Schlesier o Klaus Heinrich, han intentado aplicar a la teoría psicoanalítica la teoría analítica de la represión, del inconsciente y de la mitología, lo que les ha permitido poner de manifiesto el grado de ambivalencia de la construcción freudiana de la feminidad. Una construcción que es, por un lado, una representación y, por otro, una mistificación de la feminidad. Bajo el nombre clave de "Defecto", Freud convierte la feminidad en un mito. Pero, al contrario de sus revisionistas, Freud es un investigador de la naturaleza, con talante filosófico y crítico de los

mitos, en la tradición de la Ilustración. No se puede separar la teoría psicoanalítica de Freud de la historia de la creencia europea en la razón.

«Hay similitudes entre la teoría de la feminidad de Freud y la investigación de la Ilustración sobre los mitos: Freud trata la feminidad como una crítica reduccionista de los mitos trata la mitología. Si las construcciones teóricas del psicoanálisis se toman tan en serio como los mitos y los síntomas neuróticos del psicoanálisis, entonces su ambivalencia se hace evidente en su función tanto estabilizadora como utópica.

La metáfora central del modelo de feminidad de Freud es la de la "castración", en la que la construcción teórica psicoanalítica está contaminada con los mitos infantiles que provienen del inconsciente de los pacientes. El "destino" mítico de la feminidad dentro de la teoría de Freud es su "misterio", "oscuridad" y "falta de esclarecimiento". Pero el "esclarecimiento" desmitologizante que ofrece Freud, el modelo de castración de la feminidad, se basa en una construcción de la feminidad remitologizante. La divinización de la feminidad, cosa que no es ajena a Freud, es el reverso del tabú de la feminidad, que se expresa en una concepción desexualizante de la feminidad en Freud.

El precio que paga Freud por su expansión del concepto de sexualidad (la negación de un género, lo femenino) frustra toda relación entre los sexos. El "rechazo de la feminidad", subrayado teóricamente por Freud, es el resultado de haber renunciado a aplicar a su teoría de la represión al análisis de los mitos infantiles. Lo que, sin embargo, es "auténtico" en la construcción de la feminidad de Freud es el haber mostrado las resistencias reales que se oponen a una relación exitosa entre los dos géneros.» [Schlesier, Renate: *Konstruktionen der Weiblichkeit bei Sigmund Freud*. Frankfurt a. M.: Europäische Verlagsanstalt, 1981, p. 12]

LA CONSTRUCCIÓN DE LA REALIDAD PSÍQUICA

La realidad psíquica es una construcción a base de realidad y fantasía. Las construcciones que surgen efecto en el psicoanálisis no serían posibles si lo reprimido en el inconsciente no constituyera ya una construcción que se manifiesta en los síntomas en forma de símbolos o reminiscencias de lo reprimido (*Erinnerungssymbole*). Freud y Breuer descubrieron que lo que ellas llamaron *double conscience*, o disociación de la conciencia. La correlación entre el síntoma y su motivación se manifiesta en forma de una construcción. Freud comparó la labor de reconstrucción de la realidad subyacente al síntoma con la labor de un arqueólogo:

«Imaginen que un explorador llega a una región casi desconocida que despierta su interés por las ruinas, los restos de las paredes, fragmentos de columnas y las inscripciones casi ilegibles. Se puede contentar con inspeccionar lo que está a la vista, o interrogar a los habitantes (quizás un pueblo semibárbaro) que viven en los pueblos vecinos, acerca de lo que la tradición dice del significado de estos restos arqueológicos, anotar lo que ellos responden, y después continuar su viaje. Pero también puede actuar de forma diferente. Puede traer consigo picos, palas y espátulas, y puede

pedirles a los vecinos que trabajen con esos implementos. Junto a ellos puede empezar a trabajar sobre las ruinas, limpiar la basura, y descubrir aquello que está enterrado bajo la superficie. Si su trabajo es exitoso, los descubrimientos explicarán todo: las paredes arruinadas son parte de un palacio o un edificio que guardaba un tesoro; los fragmentos de columnas completan un templo; las numerosas inscripciones revelan un alfabeto y un lenguaje, y cuando son descifradas y traducidas, desvelan inimaginable información acerca de los eventos del pasado remoto, para cuya conmemoración fueron construidos los monumentos. *Saxa loquuntur!* (¡Las piedras hablan!).» [Freud: "Etiología de la histeria", 1896, en *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1976, vol. III]

MITO Y "VERDAD HISTÓRICA"

Freud no tuvo reparo en remitologizar y declarar que las pulsiones son la mitología del psicoanálisis:

«La doctrina de las pulsiones es nuestra mitología, por así decir. Las pulsiones son seres míticos, grandiosos en su indeterminación. En nuestro trabajo no podemos prescindir ni un instante de ellas, y sin embargo nunca estamos seguros de verlas con claridad.» [Freud: "Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis", *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1976, vol. 22, p. 88]

«Acaso tenga usted la impresión de que nuestras teorías constituyen una suerte de mitología, y en tal caso ni siquiera una mitología alegre. Pero, ¿no desemboca toda ciencia natural en una mitología de esta índole? ¿Les va a ustedes de otro modo en la física hoy?» [Freud: "¿Por qué la guerra? (Einstein y Freud) (1933 [1932]), o. c., p. 194]

«La teoría de la mitología de Freud permite reconocer los mitos como intentos de afrontar conflictos aún no resueltos, como intentos de rechazar y preservar el pasado (similar a la investigación sexual infantil o, según su modelo, teorías científicas y construcciones filosóficas), como compromisos entre la intención de ocultar y la tendencia a revelar, como los síntomas neuróticos, los sueños y las fantasías. Si no estuvieran hechos del material de la realidad, los mitos no podrían reconstruirse en un proceso esclarecedor. Si este proceso de reconstrucción tiene éxito (que fracasa si sigue siendo teórico), es posible liberar el presente del fantasma del pasado, por lo que el presente solo puede convertirse realmente en presente, y el pasado solo puede convertirse realmente en pasado. [...]

Los mitos sobrevivirán a los intentos de reconstrucción esclarecedora, mientras tales intentos de reconstrucción no incluyan material y metódicamente la realidad a que estos mitos se refieren.» [Schlesier 1981: 34-35]

Renate Schlesier critica que Freud tome literalmente el mito sin analizarlo, como en la interpretación de la tragedia de Sófocles o en la construcción de la horda primigenia [*Urhorde*]. En *Edipo rey* de Sófocles, por ejemplo, para

consolar a Edipo, ignorante aún de la verdad, pero preocupado por el recuerdo de la predicción del oráculo, su madre Yocasta le recuerda que el sueño del incesto es soñado por muchos hombres y carece, a su juicio, de toda significación: «Son muchos los hombres que se han visto en sueños cohabitando con su madre. Pero aquel que no ve en ellos más que vanas fantasías soporta sin pesadumbre la carga de la vida». Freud cita este pasaje como prueba de la validez universal de su construcción del complejo de Edipo, sin preguntarse desde el punto de vista psicoanalítico cuál es el motivo de que Yocasta le preste a este hecho tan escasa atención.

En los casos en los que los mitos hablan de madres o deidades femeninas que seducen a sus hijos o incluso instigan a matar al padre, Freud ve en ellos solamente una "transfiguración poética".

«En la falaz trasfiguración poética de la horda primordial, la mujer, que había sido el botín de la lucha y el señuelo del asesinato, pasó a ser probablemente la seductora e instigadora del crimen.» [Freud: "Psicología de las masas y análisis del yo (1921)", en *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1976, vol. XVIII, p. 129]

Klaus Heinrich ha señala a menudo en sus cursos el papel de instigadoras de las mujeres en el asesinato o castración del padre primigenio. Como muestra Hesíodo en su *Teogonía*, la "hoz de afilados dientes" crece en el seno de Gea, la Tierra Madre, la deidad femenina principal, de donde surgen todos los dioses y los primeros humanos:

«Cuantos nacieron de Gea y Urano, los más terribles de los hijos, estaban irritados con su padre desde el comienzo, pues cada vez que iba a nacer uno de éstos, Urano los escondía en el seno de Gea, sin dejarlos salir y se complacía en su mala acción. La monstruosa Gea en su interior se lamentaba oprimida y tramó una malvada artimaña. Tras haber creado, al punto, una especie de blanco acero, fabricó una hoz y explicó el plan a sus hijos. Su hijo Crono, el menor, dijo a su madre: "Madre, te prometo que puedo realizar ese trabajo, puesto que no siento preocupación alguna por nuestro odioso padre, ya que fue el primero en maquinando obras indignas". La monstruosa Gea mucho se alegró en su mente. Puso en su mano una hoz de agudos dientes y le enseñó todo el engaño. Vino el poderoso Urano trayendo la noche y deseoso de amor se echó sobre Gea. Su hijo desde la emboscada tomó la monstruosa hoz, larga, de agudos dientes, y a toda prisa segó los genitales de su padre y los arrojó hacia atrás y liberó así al resto de las entrañas de la Tierra, proclamándose rey de los titanes junto a su hermana Rea como esposa y reina.» [Hesíodo: *Teogonía*. Castración de Urano]

Esta dimensión de la madre como instigadora del asesinato del padre primigenio es algo que Freud pasa por alto en la construcción de su teoría en *Totem y tabú*. No es imaginable que, en la rebelión de los hermanos contra el padre, las madres hayan tenido una actitud totalmente neutral.

EL "CONTINENTE OSCURO" Y LA "ROCA INAMOVIBLE"

«Freud no deja ninguna duda de que la feminidad, a diferencia de la masculinidad, es el resultado de una construcción, es decir, debe ser "construida". En el proceso de maduración freudiano, prima la masculinidad, pero solo de forma permanente para los hombres. En la teoría psicoanalítica de Freud, la niña pequeña para llegar a ser mujer requiere que pase de la masculinidad a la feminidad. Debe "reprimir" la masculinidad, y abandonar la sexualidad masculina: De la transformación de la sexualidad masculina en femenina depende el "destino de la feminidad".

Freud no pretende haber explicado satisfactoriamente cómo se produce esta construcción. En la medida en que el Es (Ello), como "la parte oscura de nuestra personalidad", seguía siendo desconcertante para Freud, "el misterio de la feminidad", la "vida sexual de la mujer adulta" como "continente oscuro de la psicología" se resistía a una completa exploración. Según el testimonio de Freud, las percepciones sobre los "procesos de desarrollo en las niñas" permanecieron "incompletas y oscuras" (*La caída del complejo de Edipo*).

Parece francamente grotesco que Freud haga de lo incompleto en sí mismo el defecto que determina la realidad. Freud no se cansa de afirmar que la feminidad está castrada y que la mujer es un hombre castrado. Freud, sin embargo, no puede aclarar cuál es el signo y el lugar de la castración femenina. ¿Es el clítoris, que ha sido estigmatizado como el "pene atrofiado"?, ¿es la vagina que tienen las mujeres "en lugar del miembro masculino" y que Freud llama el "miembro sexual femenino"? Pero está claro que la "condición de feminidad" para Freud es la "falta de pene", lo que su teoría solo puede explicar como resultado de la castración. Si la falta de pene en la mujer es el resultado de la castración, entonces es más bien esta castración, y no la "feminidad", una construcción forzada. [...]

La vagina, que se descubre en la pubertad como "el genital femenino", el "miembro sexual" femenino (y que difícilmente se puede descubrir antes), tiene que ahora que reemplazar al clítoris y a la madre de la niña "castrada". [...]

Los caprichos de la naturaleza, que dotó a la niña de un genital no femenino, el clítoris, y retuvo su genital femenino, la vagina, durante toda la infancia, hace de la anatomía estigmatizante un destino mítico, porque el conocimiento de las diferencias cualitativas y la exploración de áreas oscuras y ocultas no son accesibles al niño. La feminidad se ha convertido en un mito bajo el nombre en clave de "defecto". Es muy difícil que la sexualidad femenina pueda ser realidad alguna vez partiendo de esta prehistoria. La idea de una libido femenina era algo que Freud veía como imposible. La feminidad emerge como una entidad desexualizada.

La vagina, "cicatrización" de una "herida", es "valorada como refugio del pene", pero no como lugar de placer de la mujer. [...] El pene puede disfrutar del placer voluptuoso, mientras que la vagina no, solo el clítoris. Sin embargo, y a más tardar en la pubertad, el clítoris debe "extirparse" mediante la represión. En la construcción de la feminidad de Freud, no se puede hablar de un orgasmo "vaginal", a lo sumo de un orgasmo femenino, y en todo caso de

un orgasmo "clitoridal", que Freud cree reconocer por un "latido" supuestamente sentido en el clítoris. Freud no alcanzó a comprender el secreto del placer satisfactorio en la mujer.

No obstante, el trabajo preliminar y la construcción teórica llevados a cabo por Freud siguen siendo imprescindibles a la hora de resolver el problema de cómo una niña puede convertirse en mujer sin que la diferencia de género se convierta en un escándalo para ella, cómo una mujer puede lograr un placer satisfactorio, y cómo la mujer puede evitar la mutilación en la relación de género. "Masculinidad y feminidad puras", como reconoció Freud, seguirán siendo "construcciones teóricas cuyo contenido no está suficientemente comprobado" (*Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos*, 1925).» [Schlesier 1981: 35-39]

ESCENIFICACIONES Y CORPOREIZACIONES DE LA HISTERIA

«Las pacientes histéricas que acudían a la consulta de Freud no confirmaban el juicio de sus colegas que querían verlas como mujeres mentalmente confundidas, degeneradas, en las que sólo era particularmente evidente la típica "debilidad mental fisiológico" de su sexo. En cambio, Freud y Breuer encontraron entre las histéricas a "las personas más intelectualmente más despiertas, tenaces, de fuerte carácter y las más críticas". Freud descubrió que las mujeres creativas son particularmente propensas a la histeria. Freud señaló que "la forma más grave de histeria puede ir aparejada con el más rico y original talento. Las histéricas se diferencian de otras mujeres, que se resignan en una situación comparable, en que producen el "material" del que se ven privadas por sí mismas. Desafiantes, evaden el "retraso intelectual" que parece que se les ha sido impuesto con la implacabilidad de un "destino".» [Schlesier 1981: 63-64]

«La tesis de la histeria de Freud se puede resumir de la siguiente manera: En sus producciones de fantasía que vinculan afectos, la histeria representa una mitología infantil actualizada. En las convulsiones que ayudan a expresar el estallido, la histeria representa una especie de acto de culto público, como una "caricatura de una creación artística".» [Schlesier 1981: 42-43]

«Las neurosis muestran por una parte concordancias llamativas y profundas con las grandes producciones sociales del arte, la religión y la filosofía, y por otra parte aparecen como unas deformaciones de ellas. Uno podría aventurar la afirmación de que una histeria es una caricatura de una creación artística; una neurosis obsesiva, de una religión; y un delirio paranoico, de un sistema filosófico. Esta divergencia se reconduce en último análisis al hecho de que las neurosis son formaciones asociales; procuran lograr con medios privados lo que en la sociedad surgió por el trabajo colectivo.» [Freud: "Totem y tabú", en *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1976, p. 78]

«La histeria también se diferencia de las perversiones en que en ella los genitales de ambos sexos no solo son reemplazados por otras zonas erógenas, sino que, a medida que todo el cuerpo se vuelve genital, la función genital

también absorbe la pregenitalidad y la pregenitalidad permite la función general. La "reconciliación" entre la genitalidad de los dos sexos y la sexualidad "polimórfica-perversa" de la infancia es la utopía que todo síntoma histérico escenifica, anticipa. Sin embargo, para la preservación de los impulsos pregenitales y las zonas de impulsos en la función genital de los adultos, Freud había encontrado ejemplos exclusivamente femeninos, especialmente entre las prostitutas y las que podrían serlo.» [Schlesier 1981: 49]

«En condiciones corrientes, la mujer puede permanecer normal en el aspecto sexual; guiada por un hábil seductor, encontrará gusto en todas las perversiones y las retendrá en su práctica sexual. Esa misma disposición polimorfa, y por tanto infantil, es la que explota la prostituta en su oficio; y en el inmenso número de las mujeres prostitutas y de aquellas a quienes es preciso atribuir la aptitud para la prostitución, aunque escaparon de ejercerla, es imposible no reconocer algo común a todos los seres humanos, algo que tiene sus orígenes en la uniforme disposición a todas las perversiones.» [Freud: "Inhibición, síntoma y angustia", en *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1976, vol. 7, p. 174]

«Si no es posible el amor, entonces que venga el dolor: Siguiendo este lema, la histérica toma en serio el amor como "pasión". *Rien ne va plus*, si no se puede realizar lo que se pretende – p. e. la mano queda paralizada históricamente cuando intenta cometer una agresión sexual.» [Schlesier, l. c.]

Los síntomas de la histeria no están provocados por un superyó estricto como en la neurosis de obsesión, sino el deseo insatisfecho de amar y ser amado.

«Más que de la ausencia o de la pérdida real del objeto, se trata de la pérdida de amor de parte del objeto. Puesto que sabemos con certeza que la histeria tiene mayor afinidad con la feminidad, así como la neurosis obsesiva con la masculinidad, ello nos sugiere la conjetura de que la pérdida de amor como condición de angustia desempeña en la histeria un papel semejante a la amenaza de castración en las fobias, y a la angustia frente al superyó en la neurosis obsesiva.» [Freud: *Inhibición, síntoma y angustia* (1926)]

Los neuróticos, por puro miedo a ser frustrados en sus ansias de ser amados, posponen indefinidamente la realización del deseo. Cuanto más improbable es la realización, más intenso es el deseo.

«La incapacidad para cumplir la demanda *real* de amor es uno de los rasgos de carácter más esenciales de la neurosis; los enfermos están dominados por la oposición entre la realidad y la fantasía. Lo que anhelan con máxima intensidad en sus fantasías es justamente aquello de lo que huyen cuando la realidad se los presenta; y se abandonan a sus fantasías con tanto mayor gusto cuando ya no es de temer que se realicen.» [Freud: "Fragmento de análisis de un caso de histeria" (1905), en *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1976, vol. 7]

Según Freud, lo enigmático y contradictoria de la histeria radica en un intenso deseo sexual contrarrestado por el rechazo a todo lo sexual.

«El carácter histérico permite individualizar una cuota de represión sexual que rebasa con mucho la medida normal. Este rasgo de carácter, esencial en la histeria, a menudo se sustrae a la observación superficial por la presencia del segundo factor constitucional de la histeria: el despliegue poderoso de la pulsión sexual; sólo el análisis psicológico sabe descubrirlo en todos los casos y solucionar lo enigmático y contradictorio de la histeria comprobando la existencia de ese par de opuestos: una necesidad sexual hipertrófica y un extremado rechazo.»
Freud: "Tres ensayos de teoría sexual" (1905), en *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1976, vol. 7]

«La constatación de esta oposición entre un enorme deseo sexual y un extremado rechazo debería haber llevado a Freud a revisar su concepción de la "masculinidad" de la libido.

Freud explicó esa "necesidad sexual excesiva" precisamente a través de la "masculinidad" de la niña. La "afinidad" especial de la histeria con la femineidad sólo la pudo apreciar Freud plenamente cuando descubrió la importancia del vínculo materno preedípico de la niña. Pero en su construcción teórica, Freud infravaloró la tendencia de la histeria a la satisfacción en la realidad de una relación sexual entre adultos – tendencia que va más allá de la sexualidad "masculina" e infantil y que encuentra expresión en las fantasías y en las convulsiones. Freud desveló la "escritura jeroglífica" de la sintomatología, pero al descifrarla quedaron "puntos ciegos" o escotomas. [...]

La "la desunión de los sexos", descrita con realismo, pero también con resignación por Freud, encuentra un correctivo en la histeria: las personas histéricas, tanto que sean hombres como mujeres, demuestran el privilegio histérico: la búsqueda de la unión entre los sexos. El análisis de sus "producciones" deja en claro que la sintomatología histérica no encarna la femineidad ni la masculinidad, sino una relación de género aún no resuelta y que no se puede resolver en el contexto de la castración.» [Schlesier 1981: 73-74]

LA ETAPA PREEDÍPICA DE LA SEXUALIDAD FEMENINA

El descubrimiento de la importancia de la envidia del pene en el desarrollo sexual femenino fue el primer objeto en el que centró Freud la construcción de la teoría psicoanalítica. Pero hasta los años treinta, Freud no descubrió que casi todo el periodo del primer "florecimiento sexual" de la niña está determinado por un vínculo más originario, "el vínculo materno". Para el psicoanálisis, la comprensión de este periodo preedípico de la niña significó una gran sorpresa, comparable al descubrimiento de la cultura minoica-micénica como etapa anterior a la cultura griega.

«Hace mucho que hemos resignado toda expectativa de hallar un paralelismo uniforme entre el desarrollo sexual masculino y el femenino. La intelección de la prehistoria preedípica de la niña tiene el

efecto de una sorpresa, semejante a la que en otro campo produjo el descubrimiento de la cultura minoico-micénica tras la griega. En este ámbito de la primera ligazón-madre todo me parece tan difícil de asir analíticamente, tan antiguo, vagaroso, apenas reanimable, como si hubiera sucumbido a una represión particularmente despiadada. Empero, esta impresión puede venirme de que las mujeres acaso establecieron conmigo en el análisis la misma ligazón-padre en la que se habían refugiado al salir de esa prehistoria.

En efecto, parece que las analistas mujeres, como Jeanne Lampl-de Groot y Helene Deutsch, pudieron percibir ese estado de los hechos de manera más fácil y nítida porque en las personas que les sirvieron de testigos tuvieron el auxilio de la trasfencia sobre un adecuado sustituto de la madre. En cuanto a mí, no he logrado penetrar un caso de manera perfecta, y por eso me limito a comunicar los resultados más generales y aduzco sólo unas pocas muestras de mis nuevas intelecciones. Una de estas es que la mencionada fase de la ligazón-madre deja conjeturar un nexo particularmente íntimo con la etiología de la histeria, lo que no puede sorprender si se repara en que ambas, la fase y la neurosis, se cuentan entre los caracteres particulares de la feminidad; además, la intelección de que en esa dependencia de la madre se halla el germen de la posterior paranoia de la mujer. Es que muy bien parece ser ese germen la angustia, sorprendente, pero de regular emergencia, de ser asesinada (¿devorada?) por la madre. Cabe suponer que esa angustia corresponda a una hostilidad que en la niña se desarrolla contra la madre a consecuencia de las múltiples limitaciones de la educación y el cuidado del cuerpo, y que el mecanismo de la proyección se vea favorecido por la prematuridad de la organización psíquica. He anticipado los dos hechos que me resultaron novedosos, a saber: que la intensa dependencia de la mujer respecto de su padre no es sino la heredera de una igualmente intensa ligazón-madre, y que esta fase anterior tuvo una duración inesperada.» [Freud, "Sobre la sexualidad femenina" (1931) en *Obras Completas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1976, vol. 21, p. 228-229]

«La relación con la madre en el modelo de la sexualidad femenina (mucho antes del descubrimiento del hecho de que la madre es también el primer objeto de amor de la niña) parece prefigurar el desarrollo libidinal hacia la feminidad de forma continua y con más fuerza que hacia la masculinidad. La identificación narcisista con la madre fue común a ambos sexos en sus inicios. [...]

Para un hombre, la condición de una relación de género satisfactoria no puede consistir únicamente en superar la identificación con la madre, y para una mujer no puede ser simplemente una renuncia a la elección de objeto. La feminidad omnipotente es la otra cara de la castración, pero ambos modelos de feminidad creados por la imaginación de la niña impiden que se superen fijaciones pregenitales y limitaciones fálicas en la sexualidad de ambos sexos, y que se alcance una relación de género que no sea ni mutilada ni mutilante.

Pero de esta posibilidad, de esta utopía, no se encuentra huella explícita alguna en la teoría de la feminidad de Freud.

Se supone que la niña reprime mucho más radicalmente que el niño su vínculo sexual con la madre, para así dar paso a la formación del complejo de Edipo. La actividad sexual de la niña deja así de estar centrada en el clítoris y no se reactiva como la del niño, centrada en el pene. La represión tan radical de la madre y del clítoris se venga. Al final, el hombre y la vagina pueden quedarse con las ganas, como suele suceder.» [Schlesier, l. c.]

EL MITO INFANTIL DE LA MADRE CASTRADA

«Según Freud, los niños “perciben” un “hecho” y este hecho es que la madre está castrada. Freud sabe que esto no corresponde a la realidad, pero insiste en que “hay algo de verdad” detrás de esta distorsión infantil de la realidad: realmente la madre no tiene pene. Freud desaprovecha aquí la oportunidad de hacer una crítica a este “mito” infantil, que mitifica este hecho como una castración y desexualiza el desarrollo libidinal infantil y es una señal de que el niño no se ha desarrollado aún ni física ni psíquicamente.

Freud adopta este mito infantil como piedra angular de su construcción de la feminidad, cuando lo que tendría que haber hecho es desmitificar esta construcción infantil y preguntar cómo podría ayudar el psicoanálisis a anular la represión, desexualización y mistificación expresada en el modelo de castración de la feminidad y continuar el desarrollo detenido por la primacía fálica, y finalmente completarlo. Esto significaría una crítica psicoanalítica no reduccionista de los mitos infantiles. En cambio, la teoría de Freud acepta acríticamente la devaluación de la feminidad que hace el niño arrastrado por el falocentrismo.» [Schlesier, o. c., p. 154; 200 n. 49-50]

LOS GENITALES FEMENINOS NO EXISTEN, SON UN “DEFECTO”

«En todos los cambios que fue sufriendo la teoría psicoanalítica, Freud no dejó nunca de insistir en que los genitales femeninos no son en realidad algo que existe, sino algo que más bien falta, son un “defecto”. La idea de que esta negatividad no es algo originario sino algo devenido no es ajena a Freud, pero ha permanecido como algo al psicoanálisis. El inconsciente no conoce la negación. La negación surge con la conciencia, es un signo del ego y las represiones que emprende. [...]

Freud nunca diagnosticó la concepción de la *feminidad como castración*, creación infantil fruto de los desengaños, como expresión de la represión; por el contrario, la integró en su propia construcción teórica de la sexualidad femenina. [...]

Freud no encontró nunca un “rechazo de la masculinidad” en la práctica terapéutica, solo un “rechazo de la feminidad”. No entendió este rechazo como una proyección, más bien lo justificó (como la ausencia del rechazo de la masculinidad) por la realidad “inactiva” de la falta de pene femenina.» [Schlesier, o. c.]

DEL PENE AL FALO

La distinción tajante que el término "falo" implica, se debe a que el interés del psicoanálisis no es el pene como realidad biológica, sino el papel que la representación de este órgano juega en la fantasía, y como significante de la diferencia sexual y de "la falta". Para Lacan el falo es un significante particularmente importante, en tanto opera en cada uno de los tres registros: el simbólico, el imaginario y el real, donde constituye el anclaje de la cadena de significantes, al inaugurar el proceso mismo de significación.

«El complejo de castración es el que convierte el pene en un "falo". Para la teoría psicoanalítica de Freud este "carácter de fetiche" que tiene el falo pasó desapercibido.» [Schlesier, o. c., p. 168-169]

«El pene pierde su importancia tan pronto como el complejo de Edipo se contamina con la fase fálica. En cuanto el deseo incestuoso se dirige a la madre fálica, languidece en una forma de expresión ego-libidinal que puede dirigirse con la misma facilidad al padre. [...]

Sólo cuando el pene se convierte en falo, es decir, el pene amenazado de castración, cortado o mutilado, sirve para llevar el complejo de Edipo a su decadencia y a la sexualidad al estado de latencia. [...]

Al permitir que el complejo de Edipo y la fase fálica se fusionen de forma que no se pueden distinguir, Freud difumina simultáneamente con esta contradicción la diferencia que estableció entre el complejo de Edipo y las fases de desarrollo preedípicas tanto de la niña como del niño, y entonces debe negar la posibilidad subrayada por él del no rechazo de la feminidad por parte del niño durante el complejo de Edipo. Sin embargo, tal falta de rechazo de la feminidad podría preformar la genitalidad desarrollada de la relación sexual si a ello no se opusiera una fijación al "falocentrismo" desexualizante del complejo de Edipo en su declive. Sin embargo, esta fijación es difícil de eludir con los medios edípicos del niño. [...]

La coincidencia del complejo de Edipo y la fase fálica permite que el complejo de Edipo del niño decaiga y obliga a la niña a utilizar el complejo de Edipo para construir la feminidad. El falo, resultado del corte, mutilación o inmovilización del pene, es la sanción que amenaza los deseos edípicos del niño, pero que intensifica aún más los de la niña. [...]

En su discusión sobre la primacía fálica y el modelo de castración de la feminidad, Freud ignoró el hecho de que el término "falo" significa el pene "cortado" (no solo el pene amenazado de castración). Esta diferencia se pasa por alto regularmente en la literatura psicoanalítica. Los críticos del modelo de castración de feminidad de Freud también tienden a usar ambos términos como sinónimos y luego estilizan el "falo" como símbolo de dominación (por parte del hombre).» [Schlesier, o. c., pag. 178 n. 28]

«Separada del destino de los instintos, la "función" simbólica del "falo" se ha convertido ahora en un lugar común en la teoría analítica. Mientras que para la crítica del psicoanálisis feminista o la asunción psicoanalítica de las posiciones feministas el falo simboliza "logro", "poder" y "plenitud", y ve el

“falo” así interpretado como símbolo de la sociedad patriarcal”, en la interpretación del psicoanálisis de Jacques Lacan, basada en la filosofía de la conciencia, el falo es el símbolo del logos [“el falo es el significante privilegiado de esa marca en que la parte del logos se une al advenimiento del deseo” (Lacan, 1958). Lacan ubica al falo como significante privilegiado que articula el deseo y el logos]. En estos modelos teóricos no se hace ninguna reflexión sobre el hecho de que el falo es el pene cortado.» [Schlesier, o. c., p. 186 n. 10]

LOS DOS ÓRGANOS GENITALES FEMENINOS

«La fusión de la formación de mitos infantiles y la remitologización psicoanalítica, fruto de la contaminación de la “concepción” psicoanalítica de la feminidad como “castración” con las fantasías y mitos infantiles, la justificó Freud con lo que él llamó un hecho “biológico”: el de que las mujeres tienen dos genitales, uno “masculino” y otro “femenino”, es decir, el clítoris y la vagina.

Según Freud, la mujer ha tenido en su desarrollo sexual un “pasado masculino” que ha tenido que superar mediante la “represión” para afirmarse en la fase “femenina”. Este mito “biológico” convierte la construcción de la feminidad en una alegoría de la relación de género “desgarrada” en la teoría psicoanalítica. [...]

En la construcción freudiana de la feminidad, la mujer no se convierte en una figura representativa tanto de lo “masculino” como una “feminidad” estrictamente separada (temporal y espacialmente) en un proceso armonizador de separación. Para Freud, los genitales femeninos representan masculinidad mutilada y feminidad mutilada al mismo tiempo.

El clítoris “se comporta” como “un verdadero pene real”, pero, en el fondo, es un “órgano inequívocamente inferior”. Aunque es “homólogo” y “análogo” al pene, por un tiempo incluso “equivalente” a él, no en absoluto el único “genital propiamente dicho” porque no es un pene, sino a lo sumo un “pene atrofiado”.

La vagina, para Freud el único genital “realmente femenino”, no tiene una función libidinal para la mujer, como el clítoris para la niña. No es el “lugar de placer” de la mujer, sino del hombre. Adoptando la “teoría de la cloaca”, fruto de la investigación sexual infantil, Freud habla de ella (muchas veces sin nombrarla) como “apertura genital” y “canal genital”, como “refugio del pene”, como “una zona genital (del hombre), excitante cavidad corporal”, como la “cavidad” que acoge al pene. En la conceptualización y metáfora de Freud, lo mismo que en la mitología infantil, la vagina apenas se distingue del ano, se “deriva de la cloaca” o incluso coincide con ella. Bajo el influjo del complejo de castración, teóricamente subrayado por Freud, la vagina se convierte en la “herida” que tienen las mujeres “en lugar del miembro masculino” y solo puede concebirse como resultado de un proceso de “mutilación”.» [Schlesier, o. c., p. 169-170]

«Freud descarta que en la niña el complejo negativo de Edipo pueda coexistir con el complejo de Edipo positivo, como es el caso del niño. En la niña no se

da esta *simultané*, sino una *consecutio*. La primera fase del desarrollo sexual de la niña tiene carácter "masculino" y se manifiesta en la actividad y se centra en el clítoris, mientras que la segunda fase, la del complejo de Edipo se caracteriza por la pasividad. La característica principal del complejo de Edipo femenino, a diferencia del masculino, consiste en que el complejo de Edipo femenino está desexualizado: la actividad del clítoris sucumbe a un impulso represivo, mientras que la vagina aún no ha sido descubierta. La pregunta en la construcción freudiana de la sexualidad femenina no es "qué es la mujer", sino "cómo se desarrolla la mujer a partir de la bisexualidad de la niña". Al transcurrir la vida sexual de la mujer en dos fases (la preedípica "masculina" y la edípica "femenina"), la zona sexual femenina está formada por dos órganos sexuales: la vagina y el clítoris. Freud nunca se pudo imaginar que la mujer pudiera tener sensaciones clitoriales y vaginales simultáneamente.» [Schlesier, l. c.]

LA ENVIDIA DEL PENE

«La envidia del pene no es la aceptación de la castración, sino que hay que interpretarla como una protesta, como la forma con la que la niña intenta protestar contra la aceptación de la castración. La aceptación de la castración era para Freud el "ojo de la aguja" por el que tiene que pasar la niña en su "viacrucis" rumbo a la feminidad.

Si la niña "nota" la "diferencia" entre los sexos a la vista del pene y se siente "gravemente afectada" por la percepción de la diferencia, esto indica que, sobre la base de sus anteriores tendencias libidinales hacia su madre, no le resulta aún atractiva una relación sexual entre los dos sexos y que la represión de su vínculo materno libidinal le ha infligido una decepción que aún no ha sido aliviada u olvidada por una nueva relación de objeto. A través de esta constelación, la envidia del pene es una expresión del "proceso de duelo" por el que tiene que pasar la niña obligada a dejar su relación amorosa con su madre.

Con el sentimiento de envidia del pene, la niña trata de mantener sus posiciones libidinales durante una época que Freud caracteriza como la fase de desarrollo "masculina" de la niña. Con la envidia del pene la niña rechaza una feminidad que consistiría en renunciar a la realización de las pulsiones libidinales y "aceptar" la castración. La envidia del pene puede entenderse como la contraparte práctica de la definición psicoanalítica de la feminidad como castración, como el "destino" inevitable de la feminidad. Pero ese "destino" no puede vincularse únicamente a la anatomía, por mucho que Freud haya intentado hacerlo.» [Schlesier, o. c., p. 155 ss.]

«La exigencia feminista de igualdad entre los sexos no tiene aquí mucha vigencia; la diferencia morfológica tiene que exteriorizarse en diversidades del desarrollo psíquico. Parafraseando una sentencia de Napoleón, «la anatomía es el destino». El clítoris de la niña se comporta al comienzo en un todo como un pene, pero ella, por la comparación con un compañerito de juegos, percibe que es

«demasiado corto», y siente este hecho como un perjuicio y una razón de inferioridad. Durante un tiempo se consuela con la expectativa de que después, cuando crezca, ella tendrá un apéndice tan grande como el de un muchacho. Es en este punto donde se bifurca el complejo de masculinidad de la mujer. Pero la niña no comprende su falta actual como un carácter sexual, sino que lo explica mediante el supuesto de que una vez poseyó un miembro igualmente grande, y después lo perdió por castración. No parece extender esta inferencia de sí misma a otras mujeres, adultas, sino que atribuye a estas, exactamente en el sentido de la fase fálica, un genital grande y completo, vale decir, masculino. Así se produce esta diferencia esencial: la niñita acepta la castración como un hecho consumado, mientras que el varoncito tiene miedo a la posibilidad de su consumación.» [Freud: "El sepultamiento del complejo de Edipo" (1924), en *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1976, p. 185-186]

«Si la vagina se descubre durante o después de la pubertad, a partir de ahora puede ser apreciada (por el hombre) como el refugio del pene y como "legado del cuerpo materno", pero no puede "reemplazar" al clítoris libidinalmente ni convertirse en un nuevo "lugar de placer" para la mujer.

Una vez separada del clítoris, la construcción freudiana de la feminidad solo le deja a la vagina una función meramente receptiva y pasiva, y no lo puede entender como la abolición del "irresistible impulso sexual". El destino de esta represión depende, al igual que la envidia del pene, del vínculo original de la niña con la madre. Freud intenta subordinar ambos al modelo de castración de la feminidad.» [Schlesier, o. c., p. 150]

«El complejo de Edipo del varoncito, dentro del cual anhela a su madre y querría eliminar a su padre como rival, se desarrolla desde luego a partir de la fase de su sexualidad fálica. Ahora bien, la amenaza de castración lo constriñe a resignar esta actitud. Bajo la impresión del peligro de perder el pene, el complejo de Edipo es abandonado, reprimido, y se instaura como su heredero un severo superyó. Lo que acontece en la niña es casi lo contrario. El complejo de castración prepara al complejo de Edipo en vez de destruirlo; por el influjo de la envidia del pene, la niña es expulsada de la ligazón a la madre y arriba en la situación edípica como en un puerto. La niña permanece dentro de él por un tiempo indefinido, sólo después lo deconstruye y aun entonces lo hace de manera incompleta. En tales constelaciones tiene que sufrir menoscabo la formación del superyó, no puede alcanzar la fuerza y la independencia que le confieren su significatividad cultural y... las feministas no escucharán de buen grado si uno señala las consecuencias de este factor para el carácter femenino medio.» [Freud: "Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis" (1933), en *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1976, vol. XXII, p. 118]

«Una coexistencia o incluso una coincidencia de la sexualidad clitoridiana y vaginal es incompatible con la construcción de la feminidad de Freud. La teoría de la feminidad de Freud no contempla la posibilidad de que la niña descubra

la vagina como el "lugar de placer" en relación con el otro sexo. La "división" de la evolución sexual de la niña en una época "masculina" y otra "femenina", con la que Freud trata de caracterizar la feminidad, encubre la importancia del tabú del incesto con la madre, cosa que Freud inicialmente pasó por alto, luego lo subestimó y terminó minimizándolo, y busca hacer invulnerable el complejo de castración de la niña. El "deseo insaciable" de posesión del pene no sería un deseo si no representara la insaciabilidad de los deseos incestuosos de la niña hacia la madre. La teoría de la envidia del pene de Freud da la sensación de ser una construcción extraña, abstracta y artificial (vacía, como si se hubiera dejado fuera algo esencial), una teoría que analiza la envidia del pene sin tener en cuenta la relación de la niña con su madre. Según Freud, no se puede hablar de deseos incestuosos por parte de la niña hacia su padre en la "configuración final femenina del complejo de Edipo".» [Schlesier, o. c., p. 158-159]

«Para Freud, no existe la posibilidad de que una mujer no aprecie su falta de pene como un "defecto", porque la niña o la mujer no pueden evitar equiparar su propia falta de pene con la desexualización de su cuerpo. Si ella protesta por el "defecto de los genitales", esta protesta se basa siempre, según Freud, en una protesta envidiosa por la falta de pene – Freud no estaba dispuesto a reconocer en esta protesta una dolorosa protesta contra su desexualización. La indignación que produce a las feministas la idea de la envidia del pene pasa también por alto el hecho de que esta envidia es la expresión de una protesta.» [Schlesier, o. c., p. 157; 200 n. 53]

EL COMPLEJO DE EDIPO FEMENINO

Según Freud, el complejo de Edipo femenino no es el fenómeno central del periodo temprano de la sexualidad femenina. Todo el desarrollo sexual de la niña transcurre bajo el signo de la envidia de pene (*Penisneid*). Esta envidia del pene es la que empuja a la niña hacia el complejo de Edipo, yendo de la madre al padre. La envidia del pene lleva al deseo de poseerlo, lo que conduce a la niña a la feminidad.

«El deseo con que la niña se vuelve hacia el padre es sin duda, originariamente, el deseo del pene que la madre le ha denegado y ahora espera del padre. Sin embargo, la situación femenina sólo se establece cuando el deseo del pene se sustituye por el deseo del hijo, y entonces, siguiendo una antigua equivalencia simbólica, el hijo aparece en lugar del pene. No se nos escapa que la niña había deseado un hijo ya antes, en la fase fálica no perturbada; ese era, sin duda alguna, el sentido de su juego con muñecas. Pero ese juego no era propiamente la expresión de su feminidad; servía a la identificación-madre en el propósito de sustituir la pasividad por actividad. Jugaba a la madre, y la muñeca era ella misma; entonces podía hacer con el hijo todo lo que la madre solía hacer con ella. Sólo con aquel punto de arribo del deseo del pene, el hijo-muñeca deviene un hijo del padre y, desde ese momento, la más intensa meta de deseo femenina.

Es grande la dicha cuando ese deseo del hijo halla más tarde su cumplimiento en la realidad, y muy especialmente cuando el hijo es un varoncito, que trae consigo el pene anhelado. En la expresión compuesta «un hijo del padre», muy a menudo el acento recae sobre el hijo, y no insiste en el padre. Así, el antiguo deseo masculino de poseer el pene sigue trasluciéndose a través de la feminidad consumada. Pero quizá debiéramos ver en este deseo del pene, más bien, un deseo femenino por excelencia. Con la transferencia del deseo hijo-pene al padre, la niña ha ingresado en la situación del complejo de Edipo. La hostilidad a la madre, que no necesita ser creada como si fuera algo nuevo, experimenta ahora un gran refuerzo, pues deviene la rival que recibe del padre todo lo que la niña anhela de él. Por largo tiempo el complejo de Edipo de la niña nos impidió ver esa ligazón-madre preedípica que, sin embargo, es tan importante y deja como secuela fijaciones tan duraderas. Para la niña, la situación edípica es el desenlace de un largo y difícil proceso, una suerte de tramitación provisional, una posición de reposo que no se abandona muy pronto, sobre todo porque el comienzo del período de latencia no está lejos.»

[Freud: "Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis y otras obras" (1932-1936), en *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1976, tomo XXII, p. 119]

«De esto Freud no sacó la conclusión de que la sexualidad femenina no existía. Y lo curioso de su construcción de la feminidad es que, según él, la sexualidad femenina (en la medida en que se ha hecho normal y en la medida en que ha permanecido infantil) se debe a un deseo masculino. Esta concepción obliga a Freud a definir la sexualidad femenina como mutilada. Para Freud, la sexualidad femenina solo parece existir, y al mismo tiempo no existir todavía, cuando a la mujer la mueve el deseo del pene. En esto radica la aporía de la construcción freudiana de la feminidad, que es insoluble a partir de su teoría.

La combinación "libido femenina" no tiene "ninguna justificación" para Freud; no solo porque Freud clasificó el deseo del pene como "masculino", sino también porque creía haber visto que la sustancia impulsora de este deseo no era de carácter erótico, sino que se limitaba a ser un componente narcisista desexualizado.

Sin embargo, Freud podría haberse sorprendido de que este deseo "masculino" solo se produzca en las mujeres, porque en los hombres no es necesario. Y más aún, que es precisamente este deseo el que se supone que es la fuerza impulsora de la perfecta sexualidad femenina. El enigma de cómo las mujeres "pueden pasar del amor por el órgano masculino al amor por la persona que lo porta" no puede resolverse en realidad con los medios de la teoría psicoanalítica de Freud.

«Tuve oportunidad de enterarme de sueños de mujeres tras sus primeras cohabitaciones. Manifestaban inequívocamente el deseo de guardar consigo al pene que habían sentido. Este deseo, prescindiendo del fundamento libidinoso del mismo, correspondía a una regresión

pasajera que iba del varón al pene como objeto de deseo.» [Freud: "Sobre la transmutación de las pulsiones y especialmente del erotismo anal" (1917), en *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1976, vol. XVII, p. 120]

Es sintomático para el modelo de castración de la feminidad como una construcción defensiva, que Freud no estableciera relación alguna entre el deseo de pene y las ansias de castración.» [Schlesier, o.c., p. 147-149 y 194 n. 39]

Al ser el complejo de Edipo de la niña una "formación secundaria", la fuerte dependencia del padre es solo la herencia de la fuerte ligazón a la madre de la etapa preedípica.

EL PAPEL DEL PADRE EN EL DESARROLLO SEXUAL FEMENINO

¿Cómo llega la niña a vincularse con su padre? Esta es la pregunta que Freud se vio obligado a hacer. Las tendencias activas y eróticas de la niña no la impulsan hacia su padre. Tales tendencias, que la niña había desarrollado en su fase preedípica, se han perdido para ella cuando las ha tenido que reprimir. Si el alejarse de la madre significó para la niña el "primer alejamiento de la vida sexual", la niña entra en la situación de Edipo en un momento en el que su sexualidad está tan gravemente afectada por la represión que no se ve empujada a esta situación por el deseo incestuoso ni la nueva situación favorece el desarrollo de este deseo. Pero si el padre no es libidinalmente atractivo para la niña, ¿de dónde viene la atracción que la niña siente hacia el padre? ¿Y cómo es posible que la relación no erótica de la niña con su padre, como recalca Freud, la prepare para su "rol sexual"? El psicoanálisis no ha sabido dar hasta ahora una respuesta satisfactoria a esta pregunta.

La niña reduce a su padre a ser un "portador del pene" y no vincula esta cualidad con la esperanza de una relación libidinal con él, sino con el supuesto de que quien posee el pene también puede "prestarlo". Esta suposición no está clara y no deja de ser problemática por dos razones. Inicialmente, para la niña solo la madre podía tener el poder de otorgar el pene. Con su deseo de tener un pene, la niña se había dirigido en primer lugar a aquella persona que ya habían probado a través del nacimiento de un hermano pequeño que podía "equipar" a un ser humano con el pene. Sólo cuando el deseo de la niña por un pene se ve "frustrado" por su madre, ella deriva su búsqueda de la madre al padre sin renunciar al deseo inicial.

Pero si la niña cree que el padre posee el poder de la madre de "dar el pene", el pene que intenta obtener del padre sólo puede ser el pene del padre. Pero, si no es (o ya no es) el pene del padre lo que la niña espera recibir, su deseo de tener un pene solo puede ser cumplido mediante una nueva creación por parte del padre, análoga a la "creación" de un hijo (varón) por parte de la madre. Pero entonces no sería una mera "equivalencia simbólica" lo que hace que la niña pase de querer un pene a querer tener hijos, como insinúa Freud.

En los deseos de la niña, el padre seguiría siendo una copia del modelo materno. En el complejo de Edipo de la niña perdería el padre su sexualidad

específica y sería una reencarnación de la madre fálica. Esto confirma la fórmula de Freud "un hijo del padre", en la que "el acento recae sobre el hijo y no sobre el padre". Si la niña, finalmente, quiere un hijo del padre, el hecho de "no cargar el acento" en él indica que el padre representa aquí a la madre (y no sólo como madre fálica). De hecho, Freud habla del hecho de que el padre "hereda" todo el vínculo materno preedípico de la niña, no solo su "fase final" fálica. [...]

De nuevo se deja ver que Freud tiene que considerar la relación libidinal de la niña con la madre como inadecuada para una transformación en el proceso del "desarrollo de la feminidad" y que debe considerar necesaria la represión o "eliminación" de estos deseos libidinales porque él se siente obligado a darles un significado "masculino" (es decir, los ve incompatibles con la feminidad).» [Schlesier, o. c., p. 160-162]

«Sabíamos, desde luego, que había existido un estadio previo de ligazón a la madre, pero no sabíamos que pudiera poseer un contenido tan rico, durar tanto tiempo, dejar como secuela tantas ocasiones para fijaciones y predisposiciones. Durante ese período el padre es sólo un fastidioso rival; en muchos casos la ligazón a la madre dura hasta pasado el cuarto año. Casi todo lo que más tarde hallamos en el vínculo con el padre preexistió en ella, y fue trasferido de ahí al padre. En suma, llegamos al convencimiento de que no se puede comprender a la mujer si no se tiene en cuenta esta fase de la ligazón preedípica a la madre.» [Freud: "Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis y otras obras" (1933), en *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1976, vol. XXII, p. 111]

LA ADOPCIÓN DEL MITO INFANTIL DE LA CASTRACIÓN FEMENINA

«Freud había deducido sus construcciones teóricas sobre la feminidad del análisis de las construcciones infantiles, que él entendía como intentos de afrontar los conflictos, como intentos de curación. Culpaba de su necesario fracaso a su represión constitutiva como intento inevitable de "escapar" del conflicto. Freud entendió las construcciones del niño como "formaciones de mitos" que unen fantasía y realidad, error y verdad en una mezcla específica y proporcional. La comprensión de esta mezcla llevó a Freud a "expandir el concepto de sexualidad". Esta interpretación siguió siendo inadecuada y esto se refleja en la construcción psicoanalítica de la feminidad, que crea un modelo desexualizado de feminidad que escandaliza a la feminidad misma. Este escándalo se expresa en el mito psicoanalítico de la "castración" femenina.

La expansión psicoanalítica del concepto de sexualidad fue posible mientras Freud aplicó la teoría de la represión a las construcciones infantiles. Pero su construcción psicoanalítica de una feminidad desexualizada se limitó a reforzar las construcciones infantiles. El modelo de construcción de la feminidad desarrollado por la niña no fue objeto de análisis por Freud. No se preguntó si las negaciones expresadas en este modelo infantil se debían entender como "reconocimiento" de lo reprimido. El "horror" de los genitales femeninos, el

“rechazo” de la mujer por “castrada”, la “envidia del pene”, que descartaba la posibilidad de la “libido femenina”, le parecían a Freud tan naturales y convincentes que renunció a ver en ello la represión de los deseos incestuosos infantiles. Para Freud esas negaciones estaban “fatalmente” preformadas por la anatomía, fue así que su función representativa quedó sin analizar en la teoría freudiana.

El modelo de castración de la feminidad no determinó la construcción psicoanalítica de la feminidad desde el principio. No se desarrolló a partir del análisis de la histeria ni en el momento en que el “objetivo” del tratamiento psicoanalítico coincidía con el “esclarecimiento de los síntomas”. Surgió en la historia de la teorización freudiana en un momento en el que el “descubrimiento de los complejos” había ocupado el lugar de este esclarecimiento, y se amplió cuando el “encontrar y superar la resistencia” se convirtió en el objetivo central de la cura.

Sin embargo, la “insuficiencia” del complejo de castración para la formación de la teoría no indujo a Freud a leer este complejo “sintomáticamente” en el contexto de la sexualidad infantil “estéril” y de la investigación sexual infantil. El psicoanálisis dejó de lado la posibilidad de este análisis del complejo de castración. En el modelo psicoanalítico de la feminidad, el carácter de “incompleto” de la construcción femenina se corresponde con la concepción de los genitales femeninos como algo “incompleto”. Al “ontologizar” esta correspondencia, la teoría analítica corre el peligro de anularse a sí misma. [...]

Así como Freud define la neurosis como lo “negativo” de la perversión, también caracteriza a la mujer como lo “negativo” del hombre. Para la mujer solo es posible lograr una relación de género si rechaza este “carácter negativo”: para Freud son precisamente la “herida narcisista” de “sentirse mutilada” y la envidia del pene, que intenta “curar” esta herida, lo que lleva a la mujer a desear al hombre. Sólo la “masculinidad” reactivada le permite a la mujer encontrar la “feminidad” dentro de la relación de género.

Pero esta feminidad es un poder femenino basado en el “ansia de venganza” sin placer sexual alguno. Mientras Freud intenta justificar el “miedo masculino a las mujeres” como el “miedo” del varón a ser debilitado por la mujer y a contagiarse de su feminidad y mostrarse así impotente (Freud: “El tabú de la virginidad”, 1917, en *Obras completas*, vol. 11), añade a la construcción de la feminidad como “defecto” el carácter de “infección”. En el modelo freudiano de la relación de género (condenado al fracaso), sin embargo, el miedo a esa “infección” es miedo a la castración, pero no a la castración llevada a cabo *por* la mujer, sino más bien miedo a la castración que deja al hombre igualado a la mujer.

Los mitos que hablan de las mujeres como castradoras, como instigadoras a la castración y al asesinato masculino, de diosas a las que se sacrifican *Phalloi* por hombres y mujeres desmiente la construcción psicoanalítica de la feminidad. Al margen de esta crítica a la concepción analítica por parte de los mitos y los cultos, la teoría de Freud no admite una posibilidad real de

castración realizada por mujeres. A la construcción defensiva de la feminidad que lleva a cabo el psicoanálisis se le podría aplicar la teoría analítica de la represión inconsciente, que evidenciaría esta construcción como un intento de desactivar las amenazas reales y "evitar" tener que enfrentarse a los conflictos reales. La desmitologización psicoanalítica de la feminidad consiste en la seguridad de que no es necesario temer a las mujeres como castradoras. El culto reprimido de la castración vuelve en el psicoanálisis como el mito del género "negativo". Freud no se percató de esta implicación remitológizante de su modelo de castración en su construcción de la feminidad. [...]

Las escenificaciones histéricas proporcionaron a Freud el material para el descubrimiento del proceso de represión, pero, para combatir la tendencia utópica que él descubrió en estas representaciones histéricas, Freud ofreció una terapia psicoanalítica como evento destinado a quitarle el carácter diabólico al trastorno histérico, pero echando mano, asimismo, de la represión y de la condena. Cuando Freud compara el objetivo de esta cura psicoanalítica con la "extirpación", está aplicando un modelo de castración de la feminidad que está sacado de la experiencia del análisis de la histeria.

Posteriormente Freud caracterizó acertadamente como un "proceso de sumisión" la "asunción de la castración", a la que el psicoanálisis debía "educar" a las mujeres, una asunción contra la que las mujeres se defienden enérgicamente. El psicoanálisis pone al servicio de esta sumisión la reafirmación psicoanalítica del mito infantil de la "castración" femenina, que las mujeres deben aceptar.» [Schlesier, o. c., p. 166-167 y 170-172]

LA INCOMPLETA GENITALIDAD FEMENINA

Freud caracterizó su construcción de la feminidad como realista al llamarla "prehistoria de la mujer". La teoría de Freud, sin embargo, se resigna ante el hecho de que esta historia anterior previa rara vez posibilita una historia posterior. [...]

Freud observa que durante la curación uno tiene a menudo la impresión de que, en la terapia de la histeria, "con el deseo de un pene y la protesta masculina uno ha penetrado a través de toda la estratificación psicológica hasta alcanzar la "roca sólida", lo que significa el final de la actividad analítica. [Schlesier, o. C., P. 163-164]

«Lo decisivo es que la resistencia no permite que se produzca cambio alguno, que todo permanece como es. A menudo uno tiene la impresión de haber atravesado todos los estratos psicológicos y haber llegado, con el deseo del pene y la protesta masculina, a la «roca de base» y, de este modo, al término de su actividad. Y así tiene que ser, pues para lo psíquico lo biológico desempeña realmente el papel del basamento rocoso subyacente. En efecto, el rechazo de la feminidad no puede ser más que un hecho biológico, una pieza de aquel gran enigma de la sexualidad. Difícil es decir si en una cura analítica hemos logrado dominar este factor, y cuándo lo hemos logrado. Nos consolamos con la seguridad de haber ofrecido al analizado toda la incitación posible

para reexaminar y variar su actitud frente a él.» [Freud: "Análisis terminable e interminable" (1937), en *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1976, vol. XXIII, p. 253-254]

«Sólo si el psicoanálisis toma en serio la "envidia del pene" y la "protesta masculina" como protesta, es decir, sin quitarle importancia hasta la resignación, sólo si comprende el deseo del pene como parte de la prehistoria de la mujer, como lo caracterizó Freud, podrá conseguir ayudar a las mujeres a romper la rigidez psicológica que las atenaza.

La construcción freudiana de la sexualidad es la historia previa a la elaboración de una teoría de la feminidad que debería examinar la posibilidad de un desarrollo de la feminidad *posterior* al periodo del complejo de Edipo. La construcción psicoanalítica de la feminidad sigue siendo "oscura", con "lagunas y sombras", no solo porque Freud la encorsetó en el modelo de castración ni porque, según él mismo admite, no haya "comprendido hasta el fondo un solo caso femenino", sino también porque no se dio cuenta de que el difícil desarrollo hacia la feminidad, que tantas veces "agota" las posibilidades de la mujer, es un camino hacia una feminidad incompleta y aún inmadura que no necesariamente tiene por qué carecer de futuro. [Schlesier, o. c., p. 154]

CRÍTICA AL MODELO DE FEMINIDAD DE FREUD

Klaus Heinrich

«Si, en la teoría psicoanalítica, se afirma que el complejo de Edipo es el resultado de un acto histórico o de un acto que inicia la historia, es decir, el asesinato del progenitor, entonces estamos ante un proceso que no hizo feliz a la horda de hermanos, sino que perpetuó la tensión no resuelta. Al internalizar al padre primigenio, se produce una revolución fallida al comienzo de la historia. Una revolución más exitosa conduciría realmente al desarrollo de la genitalidad. El hecho de que el complejo de Edipo se forme ontogenéticamente en la fase fálica significa filogenéticamente que la sociedad humana no ha progresado más allá de esta fase: que la genitalidad, a la que Freud aspira como meta de la terapia, aún no existe como meta histórica. [...]

Ya se ha llegado a un límite con la fase fálica: sus propias formas de autocompararse y medirse no sólo significan competencia, sino que mediante la cuantificación designan una relación comparativamente abstracta con toda sustancia que se somete a tales formas de manipulación. Ya no se considera que lo que viene después de esta fase tenga un efecto formador de teorías: los sueños adolescentes siguen siendo meros sueños; aunque contengan el germen de una formación revolucionaria (ontogenéticamente hablando) de teorías: se les niega la dignidad de material constructivo. Lo que habría que construir en este punto sería nada menos que el marco de una teoría de la genitalidad.

Ahí radica el conflicto entre terapia y teoría dentro del psicoanálisis: el hecho de que aún no haya sido posible desarrollar una teoría de la genitalidad. Qque

el propio Freud no reflexione sobre ello no se debe principalmente a que los teóricos no hayan hecho su trabajo, sino que obviamente porque la temática central contrafálica que se manifiesta en sueños, fantasías y asociaciones ontogenéticamente posteriores no se manifiesta con la misma fuerza histórica.

Desde el punto de vista de la teoría, esto es aún tierra de nadie. Y es precisamente en este punto donde debe tener lugar el avance (desarrollo, maduración) de la genitalidad por el que se lucha en la terapia (aquí Freud se aferra a su utopía). Ahora bien, a medida que la terapia avanza hacia ese objetivo, las utopías que se vinculan con Freud se remontan a las dos primeras fases, las declaran dichosas y, en cierto modo, santificadoras, y con razón: en la medida en que la fase fálica todavía no significa genitalidad, sino una forma de síntesis abstracta que, si no se toma como una transición, parece de hecho ser un retroceso a las formas materiales de unión de mayor alcance en la fase oral y anal.

Notarán que en la fase fálica, en la medida en que se basa en el material de esas formaciones míticas de las que también se nutre Freud cuando construye su teoría del padre primigenio, la horda de hermanos y el asesinato del padre primigenio, prima la sexualidad mutiladora y mutilada: aquí es sólo el falo y no la vagina, a la que no sólo le falta algo, sino que también se identifica como producto de la castración (aquí ha tenido lugar un corte). Y el falo, en realidad, sólo lo separado del cuerpo, y la vagina, que patriarcalmente parece mutilada, es de repente la vagina dentada mutiladora. Así, ontogenética y filogenéticamente, la primacía de la sexualidad mutilada y mutiladora se aplica a ambos lados: para lo masculino y lo femenino, así como para el patriarcado y una forma desarrollada de matriarcado.» [Heinrich, Klaus: *Arbeiten mit Ödipus. Begriff der Verdrängung in der Religionswissenschaft*. Frankfurt a. M.: Stroemfeld, 1993, p. 236-238]

«Los siguientes puntos históricos y mitológicos se hacen en *Totem und Tabu* y otros escritos de Freud: Primero, Freud no recurre al papel de las madres primigenias instigadoras. En segundo lugar, no conoce el matricidio originario. A la vista de la mitología misma, el hecho de que no se aborde el asesinato primigenio de la madre significa que Freud rehúye la cualidad femenina del material. En la mitología, dondequiera que se mata a las madres primigenias, se crea de sus despojos la materia básica: la materia, que, etimológicamente tiene que ver con *mater*, no significa otra cosa que "materia madre".

Lo que hay que analizar en psicoanálisis es la construcción, la estructura del sistema, la formación de teorías, porque en el psicoanálisis el tema de la feminidad reprimida es tratado todavía bajo la perspectiva de la filosofía occidental: porque da lo mismo que se vea despectivamente como mera "res extensa" (mera materia extensa), opuesta al pensador patriarcal (la "res cogitans"), como en Descartes; si se descalifica como "materia prima" como en Kant; o si se deprava bajo el alias "Eso", como en la teoría de las instancias de Freud. La tensión intergenérica reprimida vuelve a aparecer en el conflicto entre el Ello y el Yo, entre el inconsciente y el consciente.

La tensión intergenérica no hay que estudiarla en su forma mutilada, es decir, en lo que se llama el "complejo de Electra" frente al "complejo de Edipo", sino en el conflicto en el que se mueven el Ello y el Yo, en la tensión que existe entre ambas instancias.

De hecho, el matricidio primigenio ha sido omitido, ha sido reprimido, porque tratarlo habría sido idéntico a tratar el tema y porque esto habría tenido consecuencias para la teoría mitológico-histórica de la represión y del inconsciente.

Si no se hubiera dejado de lado la instigación por parte de las madres primordiales, sino que se hubiera tematizado, entonces no hubiera sido necesario un tratamiento abstracto del conflicto básico, que sólo se da entre el padre y la horda primordial, entre el padre primordial y la horda de hermanos (porque tal como lo presenta Freud, la tensión entre los sexos es para él sólo algo abstracto en el sentido de querer tener), y habría tematizado de otra manera la lucha intergenérica como material que subyace a la tensión de género (donde "material" aquí quiere decir "histórico").

No quiero decir que hayamos encontrado aquí material histórico original: lo nos presenta la mitología es construcción; es decir, la construcción, perteneciente a acontecimientos históricos bastante específicos.

Sin embargo, si Freud no se hubiera conformado con la reconstrucción de una relación entre padre e hijos, sino que hubiera prestado atención a la madre instigadora e impulsora, que a veces aparece como tal en la mitología, esto habría tenido un impacto en el desarrollo de su teoría: entonces la construcción de la relación de Yo y Ello, de represión e inconsciente habría dado un resultado diferente; entonces no habría procedido en *Totem und Tabu* en la dirección indicada por Robertson Smith y otros investigadores hacia un totemismo "patriarcal".» [Heinrich, Klaus: *Arbeiten mit Ödipus. Begriff der Verdrängung in der Religionswissenschaft*. Frankfurt a. M.: Stroemfeld, 1993, p. 234 ff.]

Después de *Totem y tabú*, Freud solo hace una mención sobre el papel "seductor e instigador" de la madre, pero lo atribuye a una "falaz invención poética" ("lügenhafte Umdichtung"):

«Héroe fue el que había matado, él solo, al padre (el que en el mito aparecía todavía como monstruo totémico). Así como el padre había sido el primer ideal del hijo varón, ahora el poeta creaba el primer ideal del yo en el héroe que quiso sustituir al padre. El antecedente del héroe fue ofrecido, probablemente, por el hijo menor, el preferido de la madre, a quien ella había protegido de los celos paternos y en los tiempos de la horda primordial se había convertido en el sucesor del padre.

En la falaz trasfiguración poética de la horda primordial, la mujer, que había sido el botín de la lucha y el señuelo del asesinato, pasó a ser probablemente la seductora e instigadora del crimen.» [Freud:

„Psicología de las masas y análisis del yo”, en *Obras completas*. Buenos Aires, 1976, vol. XVIII, p. 129]

«Por eso a los hermanos, si querían vivir juntos, no les quedó otra alternativa que erigir —acaso tras superar graves querellas— la prohibición del incesto, con la cual todos al mismo tiempo renunciaban a las mujeres por ellos anheladas y por causa de las cuales, sobre todo, habían eliminado al padre. Así salvaron la organización que los había hecho fuertes y que podía descansar sobre sentimientos y quehaceres homosexuales, tal vez establecidos entre ellos en la época del destierro. Además, quizá fue esta situación la que constituyó el germen de las instituciones del derecho materno, discernidas por Bachofen [1861], hasta que fue relevado por el régimen de la familia patriarcal.» [Freud: “Tótem y tabú” (1913-1914), en *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1976, vol. XIII, p. 146]

«Esta observación no muestra necesariamente que Freud no hubiera leído a Bachofen, pero ciertamente muestra que simplemente quería incluirlo, y solo en este punto. Lo que debería haber sucedido, si hubiera tratado con más seriedad a Bachofen, sería la reconstrucción de un proceso en el que se desarrollaron formas patriarcales con la función específica de suprimir las formas matriarcales. Incluso donde Freud podría haber encontrado material para esta reconstrucción no se siente el interés.» [Heinrich, Klaus: *Arbeiten mit Ödipus. Begriff der Verdrängung in der Religionswissenschaft*. Frankfurt a. M.: Stroemfeld, 1993, p. 239]

«¿Dónde se ubica la tensión de género en la teoría de Freud y dónde se tematiza?

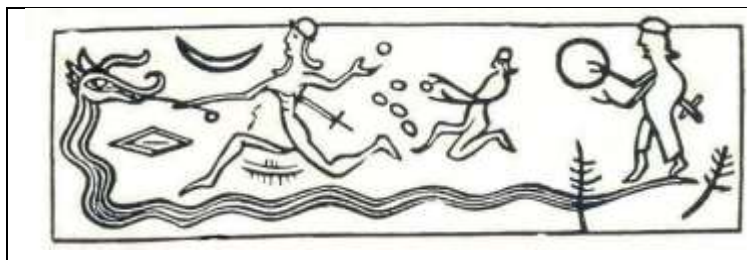
A primera vista, se sitúa en la primera infancia. A segunda vista, surgen dudas considerables. [...] Incluso el teorema filosófico de un “gran vacío”, con el que se devalúa lo material calificado como femenino, puede alertarnos de lo que sucede con lo reprimido, dotado de una cualidad material específica, a saber, femenina, cuando Freud racionaliza el inconsciente, es decir, la forma en que lo reprimido por la defensa queda consolidado en el pronombre personal *neutrius generis* como “Ello”.

La misma devaluación la encontramos aquí como en todas partes donde la materia, la “materia prima”, se convierte en materia neutra. [...] Las reglas que da Aristóteles para la aplicación, es decir, el procesamiento de la *prima materia*, muestran que tales rituales todavía juegan un papel.

Y sospechamos que detrás de esta racionalización, de este Ello neutralizante no hay material neutral, sino tensión intergenérica reprimida de tal manera que el material mismo es donde Freud esconde con su construcción de la feminidad la experiencia real reprimida de la feminidad.» [Heinrich, Klaus: *Arbeiten mit Ödipus. Begriff der Verdrängung in der Religionswissenschaft*. Frankfurt a. M.: Stroemfeld, 1993, p. 218-219]

TIAMAT Y EL MITO DEL ASESINATO DE LA MADRE PRIMIGENIA

Cuando Klaus Heinrich habla del "asesinato primigenio de la madre primordial", al que Freud no ha prestado atención, se refiere al mito babilónico de la diosa Tiamat, asesinada por su hijo Marduk.



Tiamat: La palabra acadia tiām(a)tu(m) / tâm(a)tu(m) denota una gran masa de agua, el mar. Además, puede relacionarse con lagos y con 'marismas'.

Tiamat es la diosa primordial del "mar salado" perteneciente a la mitología babilónica, también asociada a un monstruo primordial del caos mencionada en el poema épico *Enûma Elish*, historia babilónica de la creación del mundo. Ti significa 'vida' y ama, 'madre'. Tiamat se considera la encarnación monstruosa del caos primordial. Algunas fuentes la identifican con imágenes de una gigantesca serpiente marina o un dragón marino.

En la religión de la antigua Babilonia, Tiamat es una diosa primordial del mar salado, que se une con Abzû, el dios del agua dulce, para producir dioses más jóvenes. Tiamat es el símbolo del caos de la creación primordial. Se la conoce como mujer y se la describe como la reluciente. En *Enûma Elish*, la epopeya babilónica de la creación, Tiamat da a luz a la primera generación de deidades.

El mito empieza presentando a la madre Tiamat como la diosa de las aguas originarias de las que surgieron todas las cosas. La madre empezó soportando en su vientre el alboroto de los hijos aún menores y poco poderosos. Pero llegó el momento en que la madre no pudo sufrir más la violencia de los hijos, cada vez más fuertes, que luchaban entre sí y en contra de ella, rebelándose en su vientre. Como representante de esos nuevos hijos rebeldes se alzó Marduk, el dios de la tormenta Marduk, que matará a su madre y con los despojos o partes de su cuerpo forma los cielos y la Tierra. Entonces los dioses decidieron darle todos los poderes a Marduk.

La historia de Tiamat es uno de los mitos cosmogónicos más antiguos de la historia y, de manera indirecta, está presente en mitos hititas o griegos posteriores. La diosa Tiamat tiene dos partes: una creadora de vida y otra que representaba el caos primordial.

Este mito es paralelo a Púrusha, o Vritrá en la mitología hindú, Cipactli de la religión Azteca, Caicai Vilu de la religión Mapuche, Amaru de la mitología inca, Nun de la mitología egipcia, Tifón en la mitología griega y el monstruo bíblico Leviatán del Judaísmo y el Cristianismo.

«Muchos mitos presentan a la madre como signo supremo de Dios. Se trata de un símbolo básicamente pacífico y creador: la madre es expresión de un amor que engendra, es fuente de vida, el primer rostro humano de Dios. Hay, sin embargo, varios mitos que suponen que los hijos tienen que "matar" a su madre para así crecer y volverse independientes, reinando en su lugar, como ha evocado el canto mesopotámico de la creación, titulado *Enûma Elish* – "cuando en lo alto...". De manera que para alcanzar la madurez y realizarse

con autonomía, los hijos tuvieron que matar a la madre, coronando como rey a Marduk, el más fuerte, el matricida.

El mito supone que Tiamat se había convertido en madre castradora: había engendrado a los hijos, pero quería mantenerlos sometidos, sin dejarles autonomía. Es represora, pues impide que sus hijos se vuelvan independientes, añadiendo que ella odia a los mismos seres que ha engendrado (II, 2.11). Así piensan los rebeldes, que quieren imponer su nueva ley de violencia guerrera, sobre la ley de vida de la madre.

Es madre bruja y representa los aspectos maléficos del cosmos: suscita un ejército de terrores naturales, diversos tipos de dragones, hidras, leviatanes (monstruos acuáticos), híbridos feroces (hombres-peces, hombres-escorpiones), evocando el miedo de la naturaleza, condensada en las doce constelaciones de monstruos dirigidos por un Titán o engendro maléfico, Kingu, a quien confía el mando, como a príncipe consorte (11-40; cf. III, 15-50).

La Biblia no habla de Tiamat, pero presenta en el principio de la creación al Tehom (תהום – tehóm) o 'abismo', que es el símbolo de las aguas del caos de las que surgirán todas las cosas, a través de la palabra de Dios (Gen 1,2). Eso significa que en el fondo de la Biblia se conserva también el mito de la madre sometida, es decir, de la opresión de lo materno-femenino, en manos del Dios masculino de la guerra.» [*Diccionario de la Biblia. Historia y Palabra*. Navarra: Verbo Divino, 2007]

La palabra para «abismo» en hebreo es (תהום – tehóm) que está relacionada lingüísticamente con la palabra babilónica para «Tiamat». Cuando los israelitas afirmaron que su Dios tenía control sobre el tehóm (el abismo), declararon que el Dios de Israel era más fuerte que la diosa de Babilonia.

A diferencia de Marduk, el Dios de Israel no necesita la mitad de Tiamat, la diosa del agua, para crear la expansión de los cielos. Más bien, el Dios de la Biblia crea por el poder de su palabra: «Que haya una expansión (רקיע – rakía) en medio de las aguas (מים – máyim) y Dios llamó a la expansión cielos» (Génesis 1:6a, 1:8a).

LA MADRE FÁLICA Y EL MIEDO A LA CASTRACIÓN

CREONTE: No; nunca un enemigo mío será mi amigo después de muerto.
ANTÍGONA: No he nacido para compartir el odio, sino el amor. CREONTE: Ya que tienes que amar, baja, pues, bajo tierra a amar a los que ya están allí. En cuanto a mí, mientras viva, jamás una mujer me mandará. [Sófocles: *Antígona*, segundo acto, segunda escena]

«Parece que el miedo a la castración, el miedo a ser castrado está en relación con una figura femenina, aunque para el psicoanálisis el padre es siempre el castrador, pues el instrumento de castración no es tanto el pene masculino usado como daga sino la vagina provista con dientes, llamada en la mitología "vagina dentata".

En las historias más antiguas de la mitología (Hesíodo), que establece la secuencia de las generaciones de los dioses, se dice con mucha claridad que la hoz afilada de metal se formó en el vientre de Gaia, la tierra. Según esto el agente que la Tierra usa para cortar el órgano genital de Urano, a saber, Chronos, en realidad no es necesario en absoluto. Gaia (la Tierra) misma puede hacerlo.

Este poder de castración es transferido a los hombres. Así ya tenemos el supuesto que nos guía en todo el asunto, a saber, que el miedo a la venganza por parte de las mujeres realmente oprimidas permite estilizarlas como justificadoras y causantes de tal opresión. Son ellas a las que hay que temer ya que estos seres, es decir, el producto mismo que está castrado se convierte en productor.

Otro argumento lo tenemos en el culto mismo de Isis, donde el acto de la circuncisión tiene lugar como autocastración en danzas orgiásticas que imitan un orgasmo. La forma en que Luciano de Samósata (125-181), escritor sirio en lengua griega, uno de los primeros humoristas, explica estas historias muestra que él también tiene un presentimiento de que obviamente el miedo a la venganza es comprensible como consecuencia de lo que uno ha hecho: la diosa distante, las mujeres socialmente subyugadas, los sacerdotes, ahora agentes indirectos, declarándose víctimas de la venganza.

Las explicaciones de que simplemente están imitando, que están tratando de ser como Isis en su ropa, o que incluso están tratando de unir ambos sexos, deben rechazarse desde el principio como racionalizaciones, porque cuando en realidad se quiere expresar la duplicidad de géneros se acumulan los atributos y no se fragmentan.

El siguiente ejemplo es uno que nos proporciona la iconografía desde hace mucho, mucho tiempo. Las serpientes que son asesinadas por los cazadores de serpientes, es decir, ya sean los héroes que se especializan en matarlas o los santos que luego toman su lugar, como San Jorge, en realidad no pueden dar miedo comparando su tamaño. Si bien hay excepciones, como los monstruos marinos, incluso este monstruo marino puede convertirse en una pequeña cola de serpiente enroscada, como en casi todas las representaciones de la historia de Jonás. Por lo general, son serpientes pequeñas las que son apuñaladas por el caballero desde el caballo, como San Jorge, y no pueden representar una amenaza para el hombre, sino solo para su representante, su pene.

Finalmente, creo que el argumento psicoanalítico es tan obvio que no necesito comentarlo con gran detalle. Tan a menudo en los textos freudianos se dice de la niña: "lo que le falta muestra que está castrada", que la conclusión no puede ser otra que probablemente no está castrada, sino que ha castrado, como muestra el hecho de que sea el varón el que tan a menudo llama la atención sobre la castración de la mujer. La persona que aparece como castradora probablemente sea temida aquí como la persona castrada.

No quiero añadir una contramitología a la ya abundante mitología, solo quiero señalar que Freud desplaza la actitud ambivalente frente a la feminidad al

ámbito inconsciente representado por el Ello ("das Es"), caracterizado significativamente como perteneciente al *neutrius generis*, que con esta apariencia neutral todo lo devora, significa todo y representa un inconsciente que no conoce las diferencias reales.

Decir luego que nada tiene que ver con eso compensa nuevamente el miedo a la venganza de las oprimidas, un miedo de todo punto histórico, no un miedo fisiológico-místico, de tal manera que en una la segunda frase se puede decir: son ellos los que temen ser castrados, y así reconocen el poderoso papel del padre como castrador.» [Klaus Heinrich: *Mir herrscht kein Weib im Leben! Auszüge aus einer Vorlesung* (Heros-Vorlesung, Ende 1975)]

El poder femenino de venganza es considerado como la causa, más que como consecuencia del dominio masculino. El hombre proyecta en las mujeres el miedo a que la opresión de las mujeres las lleva a vengarse castrando a los hombres. Para Freud, la visión de la vagina provoca miedo a la castración, porque en la imaginación infantil creó el mito de que la mujer en un principio tuvo un pene que luego le fue amputado. La vagina, entonces, sería el resultado de la castración, no la causa.

«En la *Teogonía* de Hesíodo hay tres orígenes uno al lado del otro. Dos de ellos representan las dos mitades de una mujer primigenia escindida horizontalmente, por así decirlo: el caos como metáfora del útero originario, al que se adjunta de forma inconexa la "tierra de pechos anchos" como potencia materna nutricia; una madre buena, aunque astutamente asesina (en su vientre crece el mineral de la hoz con el que deshará el abrazo con su propio hijo del cielo; su hijo menor, que es él mismo el resultado del incesto, el castrador). Pero la división en matriz del caos y pecho que nutre, potencia devoradora y sustentadora de la vida, no ha liberado la tensión: el caos sigue causando estragos en la tierra que soporta y nutre, y en ella se abre el gran abismo, el χάσμα ["chásma" 'hendidura, desfiladero'], el Tártaros como el gran vientre del inframundo. El tercer poder, sin sucesor directo en el árbol genealógico, es el impredecible Eros.» [Klaus Heinrich: *Anfangen mit Freud*. Frankfurt a. M.: Stroemfeld, 1997, p. 78-79]

VEGINA DENTATA Y EL FALO

Vagina dentata ('vagina dentada') describe el conjunto de leyendas, presentes en varias culturas, que hablan de las mujeres con vaginas con dientes, de modo que una relación sexual culminaría en la emasculación o castración del hombre. Estas leyendas se contaban con el objeto de prevenir sobre los riesgos de mantener relaciones sexuales con mujeres desconocidas.

Erich Neumann (*The Great Mother*. Princeton: Princeton University Press, 1955, p. 168) cuenta uno de esos mitos en los que "Un pez habita en la vagina de la Madre Terrible, el héroe es el hombre que derrota a la Madre Terrible, rompe el diente de su vagina, y le fornicia."

Durante la Edad Media, la "vagina dentata" fue una leyenda que sirvió a la religión para ejercer el control sobre las prácticas sexuales "antinaturales".

Freud nunca mencionó este término latino ("vagina dentata") que no está en consonancia con su idea sobre la castración. Según Freud, la visión de la vagina provoca miedo a la castración, porque en la imaginación infantil creó el mito de que la mujer en un principio tuvo un pene que luego le fue amputado. La vagina, entonces, sería el resultado de la castración, no la causa.

Según la mitología, el padre de Cadmo, el rey Agenor, tenía una hija, Europa, que fue raptada por Zeus, disfrazado de toro y la dejó en Creta. La doncella se olvidó de su casa asiática y llegó a ser la madre de Minos y Radamanto, que ejercían en Hades como jueces de la muerte.

Pero el rey de Tiro nunca cesó de llorar a su hija perdida. Sen enfadó con sus tres hijos, Cadmo, Fénix y Cilix, por no haber protegido a su hermana y les ordenó ir en su búsqueda. Cadmo fue al oráculo de Apolo en Delfos a pedir consejo. El oráculo le ordenó seguir a una vaca que encontraría pastando sola en un prado y en el primer lugar donde la vaca se tumbara él construiría una ciudad y la llamaría Tebas. Pronto encontró a la vaca y la siguió hasta Beocia. Allí la vaca se tumbó y Cadmo se dispuso a fundar la ciudad. Pero esa tierra estaba dominada por un temible sátrapa.

Cadmo, para hacer un sacrificio a Atenea pidiéndole ayuda, envía a sus sirvientes a por agua a una oscura cueva en un espeso bosque. Como estos no regresaban, Cadmo fue en su búsqueda y los encontró muertos ante la cueva, abrasados por el aliento de un enorme dragón. Cadmo se dispuso a vengar la muerte de sus compañeros y clavó su espada en el pecho del dragón. Atenea bajó desde el Olimpo para proteger a Cadmo y ayudarlo a fundar la ciudad.

Atenea le ordenó a Cadmo que sembrase los dientes del dragón sobre la tierra y le dijo que de ellos nacería una raza de guerreros. Cadmo cumplió con esa orden y de la tierra empezaron formarse agujeros de los que salieron hombres armados. Los hombres empezaron a luchar entre ellos y al final tan solo quedaron cinco, dispuestos a servir a Cadmo. Con su ayuda este construyó la ciudad de Tebas.

Por haber matado al dragón enviado por Ares, Cadmo tuvo que cumplir ocho años de penitencia. Tras ello, Atenea le coronó rey de su ciudad y Zeus le ofreció como esposa a Armonía, hija de Ares y de Afrodita. Como ella descendía de dioses, a la boda asistió casi todo el panteón.

Pese a que su boda fue muy feliz y que gobernó con justicia, sus hijos fueron víctima de infortunios. Su hija, Autonoe, vio a su hijo Acteón convertido en ciervo y devorado por sus propios perros después de haber contemplado desnuda a Artemisa mientras se bañaba.

«Cadmo le rompe los dientes a la serpiente terrestre, una imagen que aparece en todos los mitos de castración. Cadmo siembra estos dientes e inmediatamente brotan hombres armados que se atacan y se matan entre sí. El proceso de procreación se reduce al acto de sembrar y el proceso de abrir surcos con el arado en la tierra se transforma en acto de dar muerte. Cadmo

se queda con unos pocos hombres armados: son los Spartoi, los 'sembrados', primogénitos, en el sentido muy específico de autóctonos.

En este cuadro aparece de repente una representación del origen como algo peligroso: la vagina provista de dientes ("vagina dentata"). Y si recordamos ahora a Freud, notaremos de pasada que el ejecutor de las amenazas de castración no es solo el padre, sino también la madre. [...]

La fase fálica, en la medida en que se basa en el material de los mitos, en los que también se basa Freud, representa la primacía de la sexualidad mutilada y mutilante (que corta o cercena una parte del cuerpo de un ser vivo): esta fase está representado por el falo y no la vagina, a la que no sólo le falta algo, sino que también aparece como un producto de la castración (aquí alguien ha cortado algo). Y el falo se representa en realidad sólo como algo que ha sido cortado o separado del cuerpo, y la vagina, que en la imaginación patriarcal está mutilada, aparece de pronto como "vagina dentata", como la que mutila. Ontogenética y filogenéticamente, la primacía de la sexualidad mutilada y mutilante vale para ambos lados: masculino y femenino, así como para el patriarcado y para una forma desarrollada de matriarcado. [...]

La "vagina dentata" es una figura que se encuentra en todas partes: en las representaciones de demonios, así como en las representaciones en desfiladeros con rocas; en las representaciones de serpientes de tierra con dientes, así como en los dispositivos que los pueblos primitivos han inventado para los ritos de iniciación: por ejemplo, el iniciado tiene que arrastrarse por un estrecho túnel de arbustos y de repente es atravesado su cuerpo con palos. La entrada al inframundo marino, el ser desgarrado y devorado por monstruos marinos pertenece también a este contexto. [...]

En las figuras en las que un hombre mata a un dragón, este animal representa en realidad a la madre serpiente primigenia, como se puede ver, por ejemplo, en la imagen de San Jorge alanceando un monstruo que parece un camaleón hinchado y cuya cola se va estrechando hasta termina en una forma de serpiente.» [Heinrich, Klaus: *Arbeiten mit Ödipus. Begriff der Verdrängung in der Religionswissenschaft*. Frankfurt a. M.: Stroemfeld, 1993, p. 186 y 238 s.]

«La función simbólica del "falo" se ha convertido en un lugar común en el psicoanálisis. La crítica feminista del psicoanálisis o la asunción psicoanalítica de posiciones feministas se escandaliza y ve en el falo un "símbolo" de "rendimiento", "poder" y "plenitud", llegando a ver en el falo la representación y la causa de la llamada "sociedad patriarcal". En la interpretación de J. Lacan del psicoanálisis, basada en la filosofía de la conciencia, el falo es el símbolo privilegiado del logos (Jacques Lacan: *Ecrits*, París 1966, p. 692). En estos modelos teóricos no se reflexiona sobre el hecho de que el falo es, en realidad, un pene cortado.» [Schlesier, Renate: *Konstruktionen der Weiblichkeit bei Sigmund Freud. Zum Problem von Entmythologisierung und Remythologisierung in der psychoanalytischen Theorie*. Frankfurt a. M.: Europäische Verlagsanstalt, 1981, p. 186 n. 10]

«El falo es el significante privilegiado de esa marca en que la parte del logos se une al advenimiento del deseo. Este significante es escogido como lo más

sobresaliente de lo que puede captarse en lo real de la copulación sexual, a la vez que como el más simbólico en el sentido literal (tipográfico) de este término, puesto que equivale allí a la cópula (lógica).» [J. Lacan: *La significación del falo* (1958)]

JACQUES LACAN Y EL FALOCENTRISMO

“Falocentrismo” es un término creado por Jacques Lacan (1901-1981), psiquiatra y psicoanalista francés conocido por los aportes teóricos que hizo al psicoanálisis, sobre la base de la experiencia analítica y la lectura de Sigmund Freud, combinada con elementos de la filosofía, el estructuralismo, la lingüística estructural y las matemáticas.

El término “falocentrismo” fue introducido por Lacan en su ensayo *Le facteur de la vérité* (1975) en el que fusiona los términos “falocentrismo y logocentrismo”. Lacan usa este término en su forma adjetiva: “dialéctica falocéntrica” (1988b): el falo como “significante del deseo”. El lenguaje está, según Lacan, estructurado por la ley paterna y es el elemento primordial en las relaciones intergenéricas y en la relación de ambos géneros con el lenguaje.

Falo no es el pene, sino su símbolo y es percibido en la mujer como una carencia, como una falta, como una castración. Al ser el significante del deseo, también es significante de la falta, de lo que imposibilita la integración de hombre y mujer en una unidad madre/infante:

«El hombre y la mujer no forman una unidad en una relación sexual; están separados en su relación con el goce fálico: el hombre considera que la mujer es el falo, suponer que lo tiene y niega la castración. Por su lado, la mujer considera que el hombre tiene el falo y desea ser el falo para él, desea su castración.»

Como dice Butler (1990a: 43-45), mediante esta paradoja el orden Simbólico del lenguaje crea la estructura cultural en la que estamos inevitablemente inmersos.

El logocentrismo sería el rasgo característico de las teorías idealistas del lenguaje y de la literatura occidental que provienen de la filosofía clásica. En esta filosofía se oponen materia y signo. El logocentrismo separa el lenguaje de lo real, formando así su pantalla ideal de proyección hacia el exterior. “Ignorando el carácter mediador del símbolo, la hipótesis logocéntrica afirma la autonomía del lenguaje, y por extensión, la del sujeto hablante. Es así como este vive la ilusión de hallarse en el origen del discurso, de ser la causa de su palabra” (Picado, Manuel: “La literatura femenina” 1991: n. 5, p. 157, en Marta Lamas y Frida Saal (eds.) *La bella (in)diferencia*, Siglo XXI, México, pp. 153-162]

C. G. JUNG Y EL INCONSCIENTE COLECTIVO

«No es fácil aplicar los conceptos de la psicología individual a la psicología general y no creo que nos beneficiemos en nada introduciendo el concepto de un inconsciente “colectivo”.» [Freud: *Moisés y el monoteísmo*]

«Jung dice: En todas partes y constantemente, ya sea en la mitología, ya sea en la terapia, ya sea en el arte, ya sea en la pubertad y las fases del proceso de maduración que siguen, el hombre, si quiere encontrarse a sí mismo, tiene que sumergirse en las profundidades y renacer. Está condenado a este movimiento y tiene que aceptarlo si quiere lograr la curación. Como se ve: aquí no hay cambio, y mucho menos transformación.» [Heinrich, Klaus: *Psychoanalyse Sigmund Freuds und das Problem des konkreten gesellschaftlichen Allgemeinen*. Frankfurt a. M.: Stroemfeld, 2001, p. 60]

«Mitología significa contar mitos. Contar un mito, contar una historia, no es solo reproducir una narración, es contar una historia. La mitología es un término antiguo y mitológico para la narración de historias. Debemos tener esto en cuenta porque, bajo los dictados de una cierta forma de remitologización, existe una tendencia a reducir los *mythoi* a “mitemas” (tanto Lévi-Strauss), a eliminar el elemento histórico de los mitos y convertirlos en arquetipos, (C. G. Jung), patrones primordiales, modelos de función primordial o diluirlos en estructuras.» [Heinrich, Klaus: *Arbeiten mit Ödipus. Begriff der Verdrängung in der Religionswissenschaft*. Frankfurt a. M.: Stroemfeld, 1993, p. 192]

«El psicoanálisis no es una doctrina de salvación, como Jung en particular la propagó teórica y terapéuticamente con el objetivo de descartar conceptos y acomodarse a orígenes no conceptuales (los llamados arquetipos) valiéndose de los símbolos. De hecho, Jung se encuentra en una larga tradición de pensamiento sobre los orígenes, lo que ha llevado repetidamente a un culto a los orígenes y, por lo tanto, al mismo tiempo a un proceso de sacrificio.» [Heinrich, Klaus: *Psychoanalyse Sigmund Freuds und das Problem des konkreten gesellschaftlichen Allgemeinen*. Frankfurt a. M.: Stroemfeld, 2001, p. 19]

¿EL INCONSCIENTE ES FEMENINO?

«La noción de un principio creativo femenino es, evidentemente, una versión enrarecida del culto a la maternidad; probablemente en todos aquellos que tomaron esta fuente de inspiración sea visible un complejo edípico no resuelto, como el que Freud diagnosticó. La misma relación de Freud con el rol de las mujeres en la sociedad era más realista. [...]

Aunque Freud consideraba un hecho fundamental de la historia del hombre el que la humanidad estuviese dividida en dos sexos, no opinaba que esto era una simple oposición. Cuando su colega Otto Rank propuso que el inconsciente era femenino (en realidad otra versión –esta vez psicoanalítica– del irracional principio creativo femenino), Freud mostró su desacuerdo vehemente. Por una parte, consideraba que la esencia de la libido era masculina y por otra que ambos sexos reprimían en el inconsciente elementos femeninos, pero estas

son dos cuestiones distintas.» [Mitchell, Juliet: *Psicoanálisis y feminismo. Freud, Reich, Laing, y las mujeres*. Barcelona: Anagrama, 1976, p. 433-435]

«El término ES (el Ello), que Freud incluyó relativamente tarde (*El Ego y el Ello*) en su teoría (él no lo acuñó), muestra que intenta conceptualizar algo asexual que haga desaparecer la sexualidad femenina connotada en el concepto de inconsciente. Al mismo tiempo, el uso del término también indica que el proceso psíquico que Freud muy pronto llamó el "proceso primario" (*Esbozo de una Psicología*) no se puede individualizar (pensemos en la imagen del caballo y del jinete), como lo sugiere la teoría de las instancias, diseñadas bajo la primacía del Ego o de la conciencia.» [Heinrich, Klaus: *tertium datur. Eine religionsphilosophische Einführung in die Logik*. Frankfurt a. M.: Verlag Roter Stern, 1981, p. 57-58] » [Heinrich, Klaus: *tertium datur. Eine religionsphilosophische Einführung in die Logik*. Frankfurt a. M.: Verlag Roter Stern, 1981, p. 216]

«El "impulso femenino" del "Ello" freudiano subrayado repetidamente por Klaus Heinrich se vuelve particularmente claro en el punto en que Freud habla de las "grandes diosas madres y de los pueblos orientales" como "engendradores y aniquiladores" y los caracteriza (como el Ello) por la ambivalencia de lo "creativo" y lo "asesino".» [Schlesier, Renate: *Konstruktionen der Weiblichkeit bei Sigmund Freud*. Frankfurt a. M.: Europäische Verlagsanstalt, 1981, p. 193 n. 36]

«La creación de las Moiras es el resultado de una intelección que advierte al ser humano que también él es parte de la naturaleza, y por eso está sometido a la inexorable ley de la muerte. Contra ese sometimiento algo tenía que rebelarse en el hombre, quien sólo con disgusto extremo renuncia a su excepcionalidad. Sabemos que usa la actividad de su fantasía para satisfacer sus deseos insatisfechos por la realidad. Y su fantasía, pues, se sublevó contra la intelección encarnada en el mito de las Moiras y creó el otro, de él derivado, en que la diosa de la muerte es sustituida por la diosa del amor y por todo cuanto equivalga a esta en plasmaciones humanas. La diosa del amor, que ahora remplazaba a la diosa de la muerte, otrora había sido idéntica con esta. Todavía la Afrodita griega no carecía de todo vínculo con el mundo subterráneo, por más que su papel ctónico ya de antiguo había pasado a otras figuras divinas, como Perséfone o la triforme Artemisa-Hécate. Y las grandes divinidades maternas de los pueblos orientales parecen haber sido, todas ellas, tanto engendradoras como aniquiladoras, diosas de la vida, de la fecundación, y diosas de la muerte. Así, la sustitución por un contrario en el deseo se remonta, en nuestro motivo, a una antigua, primordial identidad.» [Freud: "El motivo de la elección del cofre" (1913), en *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu, 1976, vol. XII, p. 314-315]

LA ENVIDIA MASCULINA DE LA CAPACIDAD DE PROCREACIÓN FEMENINA

El término envidia del pene fue acuñado por Sigmund Freud asumiendo que las mujeres envidiarían inconscientemente al sexo masculino por su pene. Por el contrario, el término envidia de la capacidad procreativa de la mujer describiría la suposición de que los hombres envidian inconscientemente al sexo femenino por su capacidad para dar a luz.

La historia muestra cómo los hombres en las sociedades patriarcales han tratado de imitar la capacidad de la mujer para la procreación. "la mente masculina siempre ha estado atormentada por el pensamiento de depender de una mujer para toda la vida" (Adrienne Rich).

El psicólogo estadounidense Bruno H. Bettelheim, basándose en las declaraciones de jóvenes esquizofrénicos y en ciertas costumbres y ritos de los pueblos primitivos, formuló la tesis de la envidia masculina de la capacidad de procreación femenina.

En el siglo XX todavía existía en sociedades primitivas muy alejadas la costumbre de la "couvade". Como refieren, los antropólogos, en Nueva Guinea la mujer embarazada trabaja en los campos hasta poco antes de dar a luz. Cuando llega el momento, se retira, acompañada de otras mujeres, y da a luz a su hijo. Mientras ella vuelve al trabajo pocas horas después de dar a luz, el padre descansa con el niño en una hamaca, en ayunas, sin tocar armas y dejando que las mujeres lo cuiden.

Según Bruno H. Bettelheim, con este rito de la "couvade" los hombres intentan "llenar el vacío emocional creado por la incapacidad de tener hijos". Los ritos de iniciación y renacimiento que se encuentran en casi todos los pueblos están igualmente motivados para él.

Los egipcios y los griegos crearon dioses masculinos que combinaban ambas: la capacidad de procrear y dar a luz. El útero de parto femenino, "originalmente la cosa más sagrada" (Eva-Maria Stark), fue incluso declarado el asiento del pecado por excelencia con la "deificación de la capacidad del hombre para procrear".

Las tribus indias y africanas declaraban "inmunda" a la mujer que daba a luz: debía someterse a estrictos ritos de lavado y permanecer alejada de la familia durante un cierto período de tiempo. Obviamente, esta costumbre no era solo por razones higiénicas.

El secreto deseo de participar no sólo en la procreación, sino también en el embarazo y el parto, puede haber inspirado a aquellos médicos de la Baja Edad Media que dibujaron el útero en forma de falo en sus representaciones anatómicas de los genitales femeninos. Aparentemente, no podían imaginar que las mujeres pudieran reproducir a su descendencia sin esta parte del cuerpo masculino.

«Mi tesis central es que el hombre intenta engrandecerse como compensación de su estatus original que lo releva a una posición de segunda categoría. Originalmente, la capacidad de la mujer para generar vida y nutrirla con su propio cuerpo era esencial para la existencia continua del grupo. Las mujeres podían sentirse conectadas con la Madre Tierra, con todo su crecimiento y con

las hembras animales, lo que debía despertar admiración y al mismo tiempo envidia de los hombres. Esto es evidente en las sociedades primitivas que desconocían el modo de procreación. Entre otras cosas, en los rituales de la *couvade*, una especie de imitación del embarazo femenino, en el que los hombres se acuestan, simulan simbólicamente los dolores del parto y así imitan a la mujer que da a luz.

Bruno Bettelheim (*Die symbolischen Wunden. Pubertätsriten und der Neid des Mannes – Las heridas simbólicas, los ritos de la pubertad y la envidia masculina* –, 1975, p. 141 ss) describe ritos menos conocidos de Australia y las islas oceánicas que tienen lugar en relación con los ritos de iniciación masculinos.

En lo que se conoce como subincisión, a los hombres jóvenes se les hace una incisión en la parte inferior del pene para provocar un sangrado abundante. Cuando las tribus australianas y las de Nueva Guinea usan palabras en su idioma que significan "vulva" o "menstruación masculina", esto representa un evidente paralelo con la menstruación femenina. El primer sangrado femenino se considera el requisito previo para el embarazo y el parto.

Además de Bettelheim, etnólogos como Margaret Mead (1949), psicoanalistas como Georg Groddeck (1923, 2016), Erich Fromm (1933, 1943), Karen Horney (1926) y filósofos como Elisabeth Badinter (1993) hablan con toda claridad sobre la envidia de los hombres en el parto y la consiguiente desvalorización de las capacidades procreativas de las mujeres.

Según Elisabeth Badinter (1993, p. 51 ss) los problemas a los que se enfrenta el hombre para encontrar su identidad provienen de su situación intrínsecamente precaria en el útero. De hecho, los embriones masculinos y femeninos inicialmente tienen el mismo aspecto y están más cerca de la anatomía femenina. Solo cuando se libera la hormona masculina testosterona, que depende del cromosoma Y, el niño varón puede desarrollar sus órganos sexuales.

Así, según Badinter, el proceso de convertirse en hombre es una demarcación de la mujer desde el principio, que llega a un punto crítico cuando el niño es separado de su madre. Se dice que los ritos de iniciación de los niños, mucho más elaborados que los de las niñas, se deben al objetivo de rechazar todo lo femenino y mostrar la dureza masculina soportando un gran dolor.

Erich Fromm señala que el hombre se vio en cierto modo impedido en relación a la productividad natural de la mujer porque le faltaba la potencia más importante para la vida. Lo compensó con invenciones técnicas como una "procreatividad racional", y en este sentido todo nuestro progreso técnico es un sustituto del poder creativo de la mujer y la fuente de la autoexaltación del hombre (E. Fromm 1933, p. 49 ss). Me gustaría señalar aquí que Fromm ignoró los primeros inventos de las mujeres en los campos de la cerámica, el tejido y la artesanía textil en general.

Karen Horney refiere sus experiencias psicoterapéuticas con hombres en los que podía percibir la envidia inconsciente pero intensa del embarazo, el parto

y la maternidad, y de los senos y la lactancia (K. Horney 1926, p.3 65). Tanto Fromm como Horney hablan de la supresión o racionalización de esta envidia cuando se menciona en el Antiguo Testamento la maldición contra la pecadora Eva cuando se hace la expulsión del paraíso: "Con dolor darás a luz a tus hijos". Esto significa que el embarazo y el parto solo se convierten en una carga que el hombre no tiene que llevar (E. Fromm 1933, p. 54-56; K. Horney 1926, p. 365).

Volviendo a la mitología, la envidia del parto entra en juego tanto con los dioses de la antigüedad clásica como con algunos cultos tribales. Zeus (Júpiter), el padre de los dioses, trae al mundo a Atenea sacándola de su cabeza con la ayuda de Hefesto, el dios de la forja y del fuego. Por supuesto, solo después de haber devorado a Metis, la diosa de la sabiduría que estaba embarazada de Atenea.

También existe el mito de que Zeus dio a luz a Dionisio de su muslo después de haber arrancado al niño por nacer del cadáver de su amante embarazada Semele y cosiéndolo en su muslo. Paralelamente al nacimiento de muslos, existe el "nacimiento de terneros" entre los yanomami de Venezuela y entre los bororo del centro de Brasil. Finalmente, las sagas clásicas de los dioses relatan numerosas escenas de violación, con las que los dioses fuerzan la fertilidad de las mujeres (C. Meier-Seethaler 2011 p. 273 ss).

Una estrategia completamente diferente consiste en la devaluación sistemática de la generatividad femenina como "sucias", como es el caso en todas las culturas patriarcales hasta el día de hoy.

Hasta hace unas décadas, la Iglesia Católica prohibía a las madres asistir a los servicios religiosos durante semanas después del nacimiento de un hijo porque consideraba que el proceso del parto estaba contaminado con impureza. Este supuesto apego al cuerpo de las mujeres las excluye del mundo del espíritu y al mismo tiempo las restringe a sus funciones maternas.

Otra forma de evitar o compensar la dependencia de la mujer fue la desvalorización de la sexualidad como tal, hasta el punto de llevar una vida ascética como monje o ermitaño. Por otro lado, el marido patriarcal tradicional se enfrenta a su dolorosamente sentida dependencia de su esposa de una manera diferente: disociando la existencia femenina en la "puta" y la "madre santa".

Esta disociación también puede afectar también a la mujer de la casa, de la que se espera que cumpla con los "deberes maritales" y que cree un "hogar dulce hogar" para el esposo y los hijos.

Es el ideal de la mujer burguesa como madre-esclava, como esa forma paradójica de existencia que exige estricta subordinación y conformidad por un lado y fuerza maternal por otro, que comprende todo, perdona todo y absorbe las crisis psicológicas de el hombre.» [Carola Meier-Seethaler: "Matriarchatstheorie und feministische Geschlechterforschung – Eine Positionsbestimmung" (2019), en www.theoriekritik.ch]

LA DISOCIACIÓN DE LA SEXUALIDAD FEMENINA

SEXUALIDAD PROCREATIVA Y SEXUALIDAD DIATRÓFICA

El término "diatrófico" está tomado del griego Τρόφιμος (tróphimos), adjetivo derivado de τρέφω (trepho) 'alimentar', 'criar', 'producir': 'el que alimenta o sostiene'; τροφός (trophós) 'alimenticio'. El ver griego διατρέφω (diatrepho) 'alimentar', 'sustentar', 'mantener', 'apoyar', 'sostener', y es una de las vertientes que tiene en el hombre y en la mujer la sexualidad, que no es reducible a la función de la procreación. El impulso diatrófico tiene que ver con las hormonas del cuidado de la prole, sin las cuales la vida sobre la tierra se extinguiría, aunque el acto de reproducción estuviera perfectamente garantizado. René A. Spitz (1887-1974) llamó «amor diatrófico» a este impulso tutelar, tendencia a proteger al más débil, al niño, etc.

«Erotismo es todo lo que se hace antes de llegar a la cama. Pornografía es aquello que se realiza ya sobre el colchón.» (Manuel Vicent)

•

*...was uns schliesslich birgt,
ist unser schutzlossein...*

*...lo que en último término nos cobija
es nuestro propio desamparo...*

[Rainer Maria Rilke (1875-1926)]

•

«El erotismo no es sino la fuerza que hace surgir la familia. Muchas de las confusiones sobre el erotismo brotan de no tener presente más que la vertiente concupiscente del erotismo, es decir, el erotismo en cuanto fluir impetuoso de un instinto de procreación.

Tan importante como esta vertiente es **la vertiente diatrófica, el impulso tutelar, protector, maternal, aun en el varón**. La palabra "diatrófico" ha sido preconizada por René A. Spitz (1887-1974) para designar la acción tutelar sin la cual el niño, ser que desde el punto de vista biológico nace prematuramente, no podría terminar su desarrollo. Merced a esta influencia diatrófica el hombre incorpora en su ser la "herencia social".

Las hormonas sexuales de la procreación difieren poquísimo, químicamente, de las hormonas, también "sexuales", que gobiernan el desarrollo del nuevo ser. La circunstancia de que el vástago del hombre nazca en total desamparo, en suma invalidez, hace necesario para que subsista que entre en acción ese otro impulso, tan poderoso como el genésico, el hambre que siente todo ser humano ante esa cosa inerme e indefensa que es un recién nacido, de protegerle y modelarle, es decir, de transferirle nuestro ser más profundo. Somos todos hijos de esta doble herencia: la que nace del instinto de procreación, la herencia biológica, y la que nace del instinto de procura o de

cuidado, la herencia cultural. En esta doble vertiente de la sexualidad tan erótico es el fuego de la pasión concupiscente como el ardor de la pasión cuidadora: el ciego ímpetu de sexo como el ofuscado o lúcido arrebató de la ternura.

ARGUMENTO DE LA TÍA TULA (1921) DE UNAMUNO

Rosa y Gertrudis (Tula) son dos hermanas. Como Tula "no se la ve", no destaca, Ramiro, que en el fondo está enamorado de Tula, se casa con Rosa, su hermana. Tula se convierte en inseparable personaje que gobierna los secretos de la casa. Obliga a Rosa a desprenderse de su perrito, sospechoso pararrayos del impulso diatrófico de protección maternal; pues cree que el perro es obstáculo para tener hijos.

Una vez que la hermana de Tula tiene hijos con su marido, la Tía Tula pone en juego todo su impulso "furioso maternal". "Era su mayor preocupación el sustraer al niño ya desde su más tierna edad, y hacerle olvidar el amor del que había brotado".

Tula no quiere casarse, porque "no me gusta ser elegida, me gusta elegir". En el último parto, Rosa se muere. Muerta Rosa, el viudo Ramiro se da cuenta de que a quien él realmente ha querido es a Rosa y no a Tula, como en un principio creyó. Ahora desea ardientemente casarse con Tula, su impulso sexual le arrastra. Tula rechaza toda propuesta y desprecia a Ramiro, que lo ve dominado por la pasión carnal. Rechaza también a su primo Ricardo porque ella "se debe a los hijos de su cuñado".

Ahora Tula comienza su enérgica labor educadora. Oculta a los niños todo lo que tenga que ver con el amor carnal, "lo pecaminoso". Advierte a Ramiro que la mira con ardor: "No quiero que ensucies ni con miradas esta casa tan pura". Ramiro responde: "¿De qué crees que somos los hombres?". Tula: "De carne y muy brutos". Ramiro tiene un hijo con la criada. Tula no se inmuta y lo casa quiera o no. Nacen de este matrimonio dos "hijos" más para Tula.

Muere Ramiro y en el lecho de muerte reconocen él y Tula que siempre se han querido y se den el único y último beso de amor.

Queda ahora la Tía Tula sola con los "hijos", evitándoles entrar en contacto con todo lo que sea fisiología y anatomía: "Esas son porquerías de las que nada se sabe de cierto ni claro". Rechaza las proposiciones del viejo médico de la familia, al que echa de casa "por puerco".

Al final, la Tía Tula muere, pero es entonces –subraya Unamuno– cuando "empezó a vivir en la familia, con la vida eterna de la familiaridad inmortal". La mujer atormentada, antierótica, aparentemente maternal, la Tía Tula, se convierte así en mito, en tradición familiar, en fuerza matriarcal de la raza.

En las conversaciones de los "hijos" de Tula se pone de manifiesto cómo pervive en forma de pautas educativas la Tía Tula en las generaciones posteriores: "Si entrara de monja no sería por servir a Dios, sino por no servir a los hombres... ni a las mujeres..."

En una ocasión le pregunta Tula al confesor si la cree fuerte, y este viejo y sabio sacerdote le contesta: "más de lo debido". Cuando este confesor le aconseja casarse con su cuñado "como remedio de la sensualidad" de éste, Tula contesta furiosa: "yo no puedo ser remedio contra nada".

LA TÍA TULA, UNAMUNO Y EL EROTISMO HISPANO

La novela describe magistralmente los "poderes matriarcales que desde hace tiempo inmemorial vienen modelando el alma hispana" (Juan Rof Carballo). Las heroínas de Unamuno son un poco varonas. Tula es varona por despecho amoroso, por haber sido su hermana y no ella la elegida por el hombre. Las heroínas de Unamuno dan la impresión de fuerza, por encontrarse siempre al lado de un hombre débil. Un exclama, al hablar sobre los hombres: "¡Pobrecillos!"

El amor castellano es un amor "natural", sin refinamientos eróticos. La lírica árabe, por sensual, fue desterrada de Castilla en la Edad Media. La literatura castellana comenzó con recios poemas épicos. El amor castellano es "un amor sin refinamiento, es un amor matrimonial grave y sobrio. Es un amor más sensible que sensual, con olor a casto... y cuando cae en extremo, más tira a lo grosero que a lo libidinoso" (Unamuno). El amor castellano es, según Unamuno, tosco.

Unamuno vio muy bien el problema de esta disociación erótica: "El amor es o grosero, más que sensual, o austero (deber) más que sentimental; o la pasajera satisfacción del apetito o el débito del hogar". La sensualidad se convierte en obligación ritual en el matrimonio. El amor queda siempre perdido afuera, entre esta polaridad entre puro sexo reproductor y puro deber matrimonial (criar hijos para el cielo, o para sobrevivir, como creía Unamuno).

Unamuno describe muy bien la agonía del erotismo, sus interpretaciones eróticas son siempre agónicas, en lucha contra el amor. Su afán de eternidad, como Tula, viene de su imposibilidad de vivir la vida erótica plenamente.

En varias obras de Unamuno se apareja la Muerte y el Erotismo: Eros y Thánatos. El amor aparece siempre "genitalizado" en extremo. Se elimina todo juego erótico previo, toda prolongación del placer, y el sexo termina siempre en la consumación rápida, el placer final, la muerte: la satisfacción rápida del deseo sexual, con el acto agresivo de la conquista de la hembra.

Según Rof Carballo, dos osas inspiran temor al español: El hambre de ciencia y el afán voluptuoso. Consecuencia quizás de la ideología medieval de la casta de los "viejos cristianos". El amor es disociado en sus dos elementos: sexualidad – ternura. El erotismo, convertido en puro instinto sexual, es compensado con la sexualidad diatrófica, es decir, con el impulso maternal, que Unamuno llama "furiosa hambre de maternidad".

Unamuno habla del "amor casto", es el amor matrimonial que está solamente destinado a procrear hijos. Una vez procreados, la mujer se convierte en la madre de todos, incluso del marido.

«Impulso diatrófico y apetito sexual: Es importante en todo erotismo la distribución respectiva de estos dos impulsos fundamentales sin los cuales la especie humana no hubiera podido surgir ni propagarse. Con sólo el apetito genésico no se hubiera conseguido ni que el hombre se destacara de los homínidos ni que la raza humana perviviera. Ya que el hombre es, por esencia, el animal nacido prematuramente, y que por lo cual necesita la tutela diatrófica, es decir, sexual, merced a la que se le inoculara historia en su cerebro inmadurísimo.

Cuando el erotismo queda reducido a puro apetito sexual – por ejemplo, en la prostitución –, inmediatamente surge, como compensación, como equilibrio, un desarrollo también independiente y disociado, de la sexualidad diatrófica. Así, la moza de partido compensa su entrega impersonal y mercenaria al placer del hombre con el afecto casi maternal al “chulo” que protege. Una polarización excesiva del erotismo en lo genésico – y no otra cosa es la “tosquedad” de la que Unamuno habla –, promueve, automáticamente, la polarización compensadora. La ternura, íntimamente mezclada con el amor, se separa entonces de la sexualidad, como una emulsión cuyos dos componentes dejarán de estar íntimamente mezclados.

En una de las principales novelas “eróticas” de Unamuno, en *Niebla*, el impulso amoroso del protagonista, de Augusto, se inicia con el traumatismo diatrófico de la pérdida de la madre. Termina cuando, desconsolado porque Eugenia, la novia, le abandona por su novio holgazán y achulado, dialoga Augusto con “Orfeo”, el perrillo recogido en el arroyo. En el cual desahoga su afán diatrófico. “Orfeo” es una pieza central de esta novela. Sobre él vierte Augusto su sexualidad amparadora, maternal. Y el máximo sacrificio que está dispuesto a hacer, cuando Eugenia parecía estar resuelta a aceptarle por marido, es abandonar a “Orfeo”, cruel sacrificio que ella, implacable, le exige. En efecto, por un momento, parece que Augusto va a poder realizar su sueño, casarse con Eugenia. Pero, así como para esto, ella, la mujer, se vería obligada a renunciar a su novio haragán y cínico, que está decidido a vivir a su costa, él, Augusto, tendría que renunciar a “Orfeo”, el perrillo desamparado. Cuando, al final, Eugenia le abandona de manera definitiva marchándose con su sigisbeo, Augusto casi se alegra, ante todo porque de esta suerte ya no está obligado a desprenderse de “Orfeo”. Ambos, Augusto y Eugenia, se forjan la ilusión de que están enamorados, pero en realidad lo único que existe en ellos es sexualidad diatrófica, tutelar. Su erotismo, en el fondo, es un erotismo disociado. Con penetración hablaba Unamuno del “espíritu disociativo en el amor hispánico”. Como una mayonesa que se cortara, el amor queda desintegrado en elementos que deberían ir íntimamente unidos: la sexualidad y la ternura.

También en el amor “casto”, tal como Unamuno lo entiende, lo diatrófico acaba dominando sobre lo sensual. Es la mejor forma de eternizar el amor, de convertirlo en perdurable, por encima de todas las tempestades de la sensualidad. Una vez procreados los hijos pasa la mujer a ser madre de todos, incluso del marido. Así fue el amor en la vida íntima del propio Unamuno y las admirables estrofas que ha dedicado a Concha, su mujer, revelan

constantemente esta situación "maternal", gracias a la cual el amor matrimonial queda a salvo de borrascas afectivas, de peripecias peligrosas. Una de las medidas defensivas del hombre frente a las sirtes engañosas y llenas de riesgos del amor es el añamamiento de la mujer. Convertir al cónyuge en niña. Pero también funciona con eficacia el proceso opuesto – que no excluye el anterior, pues bien sabido es que en el subconsciente rigen otras leyes que las de la lógica y pueden coexistir los contrarios –: el añamamiento del hombre, el convertirse el hombre, sin dejar por eso de ser muy hombre, "nada menos que todo un hombre", como se sentía a sí mismo – y era, en efecto – el "hombre Unamuno", en niño que es brezado, arrullado por la esposa-madre.» [Rof Carballo, Juan: *El hombre como encuentro*. Madrid: Alfaguara, 1973, p. 235-237]

LA ABEJA REINA Y LOS ZÁNGANOS

La abeja reina es una de las tres castas que tienen las abejas melíferas. Es la única hembra fértil que pone huevos fecundados que dan origen a abejas obreras infértiles y pone huevos no fecundados que dan origen a zánganos fértiles, por un mecanismo denominado partenogénesis.

En la novela *La tía Tula* y en el ensayo *La agonía del cristianismo*, expone Miguel de Unamuno el conflicto entre la salvación mediante el espíritu (platonismo del evangelio de San Juan y de las epístolas de San Pablo) y la salvación mediante la carne (mediante la procreación y la transmisión de los ideales a los hijos).

Unamuno cuenta la historia de Gertrudis, o la Tía Tula, quien se queda soltera para cuidar a sus sobrinos tras la muerte de su hermana. Rechaza a todo pretendiente que intenta acercarse a ella y se convierte en madre siendo virgen. Este personaje sirve a Unamuno como herramienta de exploración del tema de la maternidad frustrada y el deseo. Bajo la apariencia rígida y católica de la tía Tula, encontramos un personaje pasional.

Según Miguel de Unamuno el sufrimiento de las monjas y de los monjes no lo provoca la soledad, sino más bien la falta de maternidad y de paternidad: es un sufrimiento «de finalidad; sufren de que su carne, la que lleva el espíritu, no se perpetúe, no se propague». En solteros y vírgenes, como Espinoza, Kant y Pascal, encontramos la misma agonía.

Un día, a la hija Tulita la pica una abeja. Con este pretexto, Gertrudis comienza a disertar sobre las distinciones entre abejas, reinas y zánganos. Las abejas «pican y hacen miel» mientras los zánganos entran en la colmena sólo para fecundar a la reina.

En su ensayo *La agonía del cristianismo*, Miguel de Unamuno habla de las abejas «neutras», de las «las tías maternas», que crían a los sexuados, pero están incapacitadas para «enseñar a un zángano a fecundar a la reina».

Unamuno divide la sociedad entre abejas (las mujeres) y zánganos (los hombres). A las abejas (mujeres) le correspondería la noble tarea de trabajar por el bien de la colmena social, mientras que los zánganos (hombres) son

meros fecundadores que, al igual que la abeja reina, no trabajan y no saben transmitir su saber y sus ideales a sus crías, labor exclusiva de las hembras. Los zánganos revolotean alrededor de la reina para fecundarla y se comen la miel que elaboraron con su trabajo las abejas obreras.

«Sin que quepa negar que el varón heredó feminidad de sus madre y la mujer virilidad de su padre, ¿o es que el zángano no tiene algo de abeja y la abeja de zángano? O hay, si se quiere, abejas y zánganas».

La abeja reina de la colmena y los zánganos son los encargados de perpetuar la especie mediante la fecundación, pero ellos no son capaces de transmitir la información sobre la producción de miel, la fabricación de la cera para hacer los panales y cómo cuidar las larvas, ya que nunca han trabajado y no han adquirido ese saber o esa técnica. Es por lo que Unamuno habla de *milesagogía*, o pedagogía de las abejas obreras que se ocupan de la educación y enseñanza dentro de la colmena. Las abejas obreras, que no tienen ninguna función reproductiva de la especie, no transmiten su saber mediante la carne, sino solo por el espíritu, dice Unamuno.

La función de la transmisión a través de la carne es solo propia de la abeja reina, que es la única capaz de procrear y por esta razón ella es la única madre en la colonia. Su función es aparearse con los drones o zánganos en el momento del vuelo nupcial, poner los óvulos fecundados, producir la feromona real, útil para el reconocimiento de las abejas en la familia y el enjambre, o dejar el panal para dar vida a nuevas colonias.

La abeja reina se puede identificar por su tronco más alargado y un abdomen más brillante que el de las obreras. A diferencia de los obreras, la abeja reina no tiene ningún aparato para recoger el polen. Su tarea consiste solamente en la deposición de huevos: hasta 2.000 por día.

«El síndrome de la Abeja Reina lo padecen algunas mujeres con éxito en ámbitos masculinos que reniegan de la sororidad, sin ninguna conciencia de grupo. Como ellas han llegado al poder, creen que todas pueden hacerlo, olvidando los obstáculos de clase social y género que sufre el resto» (Cristina Hernández, socióloga).

«Aunque ¿es posible civilizarse sin haberse domesticado antes? ¿Caben civilidad y civilización donde no tienen como cimientos domesticidad y domesticación? Hablamos de patrias y sobre ellas de fraternidad universal, pero no es una sutileza lingüística el sostener que no pueden prosperar sino sobre patrias y sororidad. Y habrá barbarie de guerras devastadoras, y otros estragos, mientras sean los zánganos, que revolotean en torno de la reina para fecundar y devorar la miel que no hicieron, los que rijan las colmenas

Aristóteles le llamó al hombre *zoon politicon*, esto es, animal civil o ciudadano —no político— animal que tiende a vivir en ciudades, en mazorcas de casas estadzias, arraigadas en tierra por cimientos, y ese es el hombre y, sobre todo, el varón. Animal civil, urbano, fraternal y... fratricida. Pero ese animal civil, ¿no ha de depurarse por acción doméstica? Y el hogar, el verdadero hogar, ¿no ha de encontrarse lo mismo en la tienda del pastor errante que se

planta al azar de los caminos? Y Antígona acompañó a su padre, ciego y errante, por los senderos del desierto, hasta que desapareció en Colono. ¡Pobre civilidad, fraternal, cainita, si no hubiera la domesticidad sororia! Va, pues, el fundamento de la civilidad, la domesticidad, de mano en mano, de hermanas, de tías. O de esposas de espíritu, castísimas, como aquella Abisag, la sunamita de que se nos habla en el capítulo I del libro I de los Reyes, aquella doncella que le llevaron al viejo rey David, ya cercano a su muerte, para que le mantuviese en la puesta de su vida, abrigándole y calentándole en la cama, mientras dormía. Y Abisag le sacrificó su maternidad, permaneció virgen por él.» [Miguel de Unamuno en el prólogo a su novela *La tía Tula*]

Lo que caracteriza a estas mujeres es su domesticidad, pero no por una domesticidad mansa, sino por una domesticidad indomable, movida por una fuerza superior que forja los destinos de la humanidad. La virtud femenina tiene como objetivo depurar los malos instintos masculinos.

Gertrudis o la tía Tula se rebela ante la condición de la hembra como ser social: "¡Cuando una no es remedio es animal doméstico y la mayor parte de las veces ambas cosas a la vez! ¡Estos hombres!... ¡O porquería o poltronería! ¡Y aún dicen que el cristianismo redimió nuestra suerte, la de las mujeres! [...] ¡El cristianismo al fin y a pesar de la Magdalena, es religión de hombres: masculinos el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo! Hombre al fin!"

Pero la tía Tula no quiere liberarse ni liberar a las demás mujeres, no busca la emancipación. Busca la maternidad como último fin, como la función más excelsa, la única, de la mujer. Pero una maternidad que excluye al hombre, que es más bien un estorbo y cuya única función sería hacer de zángano en la familia: ser un fecundador necesario que hay que eliminar una vez cumplida su misión.

El ideal de la tía Tula es una exaltación de la maternidad virgen. Gertrudis o la tía Tula es la típica mujer fálica, que revestida de los atributos masculinos, que envidia y desea, se convierte en hembra castradora. Unamuno no la presenta como una mujer frígida, lo que se muestra en el fuego de su mirada y en obsesión fóbica frente a la sexualidad. Gertrudis tiene que reprimir constantemente la pasión carnal porque esta le impediría realizar su ideal: convertirse en madre sin la participación de varón. Para Gertrudis la maternidad es el atributo más sublime de la mujer, pero ella rechaza con gran animadversión la participación de la sexualidad masculina, necesaria para el proceso de procreación. De ahí que ven en el hombre el zángano cuya única función es la de fecundar y después morir. Una vez realizada la fecundación, la labor de la madre es la "educación" de la descendencia. Aquí es donde impera la figura femenina. La tía Tula se convierte en la abeja reina, a la que supera incluso por el hecho de convertirse en madre sin haber sido fecundada por el macho. A su cuñado, el marido de su hermana y padre de los sobrinos, que Tula adopta como hijos propios, lo manipula y trata como a un muñeco, moviéndolo a su antojo.

Para Tula el matrimonio es la reproducción de la especie. Pero la educación de los hijos a está a cargo únicamente de la madre. Mientras dura la unión de

su hermana con Ramiro, amonesta a la pareja: "el matrimonio se instituyó para casar, dar gracias a los casados y que críen hijos para el cielo". En la educación de los sobrinos, para Tula la primera virtud es la pureza. Para ella los niños son tan puros como los ángeles porque no tienen sexo. La tendencia de Tula es convertir a los hombres en niños sin voluntad y sin sexualidad: a su cuñado lo ve como un zángano y a su esposa como la abeja reina.

«Poco antes de morir, Gertrudis comienza a soñar. Sueña su posible matrimonio con Ramiro; hace consciente, por boca de Unamuno, su paso por el mundo sin vivir ("ella había pasado por el mundo fuera del mundo". Y de nuevo la duda parece atormentarla. Duda tan terrible, de llegar a hacerse real, que se niega a detenerse en ella: "Quiero irme de este mundo sin saber muchas cosas". El conocimiento se vuelve una nueva fobia para ella y lo equipara al pecado, nada menos que al pecado original: "Porque hay cosas que el saberlas mancha... Eso es el pecado original y la Santísima Virgen Madre nació sin mancha de pecado original..." Y acepta que exista otro punto de vista distinto del suyo y que sea ciencia, aunque «la ciencia del mal».

Todo esto parece mostrar que Gertrudis ha pasado por la vida envuelta en una especie de locura —sus ideales acerca de la maternidad y de la virtud—, que poco antes de morir comienza a poner en tela de juicio, momento en el cual Unamuno, enamorado de su personaje como Cervantes del suyo, decide matarlo antes de que recobre la razón y reconozca lo irracional de su sacrificio.

Ahora bien, si retomamos el análisis psicoanalítico, podremos reconocer que Tula, como personaje de ficción, y Unamuno, en el amor que por ella siente, responden exactamente a la plasmación idealizada del fenómeno que Freud denominó complejo de Edipo, situación en la que el hijo, movido por una profunda relación afectiva con la madre, rechaza violentamente al padre como a un rival, cuya desaparición es necesaria para que la diada madre-hijo pueda conservarse intangible.

De ahí el ideal de madre virgen, como mujer que nunca ha traicionado a su hijo con el padre, estado que, al mismo tiempo, hará perdurar de por vida la unión del vástago con su creadora de por vida.» [Paciencia Ontañón de Lope: "En torno a *La tía tula*. Universidad Nacional Autónoma de México]

Sobre la mujer de Castilla dice Unamuno:

"Entre esta mujer y su hombre los amores son *naturales*, con pocos intrincamientos eróticos. Nuestra lírica amorosa será útil, mas poco efusiva, y raros en nuestra literatura los acentos de pasión absorbente y puro de otros sentimientos. No es el amor ardiente y atormentado de Abelardo ni el refinamiento de los trovadores provenzales, pues si bien entró en Castilla la casuística erótica de estos por los trovadores gallegos, catalanes y valencianos, no fue castiza y de genuina cepa. Ni el gallego Macías el Enamorado ni el valenciano Ausias March son almas castellanas".

El amor en Castilla, continúa Unamuno, es "amor sin refino y en el matrimonio grave y sobrio". Y, en otro lugar, añade: "el realismo castellano es más sensible que sensual, sin refinamientos imaginativos y con fondo casto. Es un

amor sin "aderezos artificiosos", lo que en sustancia es el impulso genésico y su satisfacción "natural". Es una actitud disociada, una separación abismal entre el amor físico y el amor espiritual. "En esto del amor aparece también el espíritu disociativo, porque es, o grosero, más que sensual, o austero y de deber más que sentimental, o la pasajera satisfacción del apetito o el débito del hogar". Como dice otro personaje de Unamuno: "La religión es guerrera; la metafísica es erótica o voluptuosa. Hay la mística, una metafísica de la religión que nace de la sensualidad de la combatividad".

Lo que hay tras eso que Unamuno considera tosquedad amorosa del ibero consiste, en esencia, en esa premura por la realización de la finalidad biológica del impulso genésico: es decir, en la "genitalización" del amor llevada a su extremo. En algunas especies animales, principalmente en insectos, la muerte sucede inmediatamente al acto sexual.» [Rof Carballo, Juan: *El hombre como encuentro*. Madrid: Alfaguara, 1973, p. 221 ss.]

FASES DEL DESARROLLO DE LA LIBIDO

«La fase oral postnatal: La leche como alimento se succiona por la boca. Esta primera y más antigua forma de oralidad se sublima más tarde en forma de hablar ordenado como poder para atraer y ganarse el favor de otra persona, y en forma de capacidad lingüística para razonar y convencer.

La fase anal: un producto corporal que el niño quiere conservar como propiedad y tiene que regalarlo a la madre, por lo que por primera vez el niño se enfrenta al problema de mantener la autonomía.

La fase fálica: en esta fase "sólo aparece un tipo de genital, el masculino", el femenino, en cambio, declarado oficialmente como deficiente, en secreto es percibido como garganta mutiladora, como esa *vagina dentada* castradora que siempre amenaza con la castración. [Freud corrigió el esquema presentado en los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* al insertar una fase fálica en *Die infantile Genitalorganisation*, en *Collected Works* Vol. XIII, p. 295 y 297.]

La fase genital, que puede considerarse como la conclusión de un esquema de desarrollo en el que las personas finalmente tienen hijos, pero que, en la medida en que designaría una forma cualitativamente nueva de síntesis corporal y civilizatoria, representa la utopía freudiana. El predominio de la fase fálica se extiende hasta que no se supera el "complejo de Edipo", que se manifiesta en la fase fálica, es decir, no surge en ella pero sigue teniendo un efecto filogenético: esta idea me pareció decisiva para una comprensión de Freud, el teórico de la historia y de la civilización.

La "genitalidad", que, en sentido enfático, tendría que sintetizar las fases anteriores como si fueran simultáneas, y llevar a cabo una labor conciliadora, ha prevalecido en la historia de la especie humana hasta el día de hoy sólo como mecanismo coercitivo que somete a todo lo que no se adapta a él o lo utiliza y menosprecia como juego erótico previo o posterior.

Los que no quieren pagar ese precio en nombre de la genitalidad, se evaden buscando utopías retrógradas, basadas en las fases pregenitales, como las

bosquejadas por Norman O. Brown y Herbert Marcuse, para los que las fases "pregenitales" representan el paraíso antiautoritario.

Podemos constatar que la utopía genital aún no se ha hecho realidad. Sólo sería realidad si consiguiera privar a las zonas erógenas del cuerpo de su poder autónomo sin rebajarles su cualidad, dándoles así la oportunidad de integrarse en un proceso de maduración.

En la formulación de la teoría psicoanalítica, las fases de desarrollo no se establecen de forma aislada, sino que están determinadas por lugares que Freud calificó como "zonas erógenas": la zona oral, centrada alrededor de la boca, que originalmente era la única abertura de succión y eyección en una larga historia de la zona animalia. Está la zona anal, que en la historia de la animalia solo se puede identificar después de haber diferenciado la llamada cloaca, es decir, con el ano como órgano, que luego se relacionará con el desarrollo de reacciones de testarudez y terquedad (*Trotzphase*). Está la fase fálica, en la que, en un sentido que combina naturaleza e historia, se erigen signos de dominación que no pueden negar su contexto patriarcal ni tampoco su miedo a una vagina retadora, pero rechazada tras ser comparada con los genitales masculinos y, en parte, demonizada. Y está la zona genital, que no debe afectar difusamente a todo el cuerpo ni someterlo a la "primacía" de la genitalidad, sino que debe ser una forma de síntesis que hoy en día aún no es una realidad social. [...]

La historia del proceso de maduración y la historia del proceso de ilustración es la historia de la comunicación de las zonas erógenas y de las fases de desarrollo y, al mismo tiempo, de la defensa contra la compulsión que quiere detener el proceso comunicativo y someterlo a una sola zona erógena y un solo tiempo. Que el psicoanálisis proteste contra la ruptura de las zonas corporales y el tiempo de desarrollo, tomando en serio el cuerpo y sus experiencias, ha sido sin duda una de las principales razones por las que ha suscitado tanto rechazo.» [Heinrich, Klaus: *Psychoanalyse Sigmund Freuds und das Problem des konkreten gesellschaftlichen Allgemeinen*. Frankfurt a. M.: Stroemfeld, 2001, p. 50-52]

Con respecto a la ontogénesis de cada individuo, Freud señala que las etapas de madurez por las que se pasa están asociada a ideas específicas de síntesis, que, aunque condenadas a desaparecer por la primacía de la genitalidad, continúan, sin embargo, reclamando sus pretensiones insatisfechas y teniendo como objetivo una unión que no quede reducida a la fase fálica.

LA UTOPÍA DE UNA ETAPA GENITAL EN EL DESARROLLO LIBIDINAL

Anotaciones de Klaus Heinrich a la teoría psicoanalítica de las etapas del desarrollo libidinal del individuo y a la dificultad de postular una última etapa de desarrollo caracterizada por la plena genitalidad y la superación de la etapa fálica:

«En 1923, en la famosa "Einschaltung in die Sexualtheorie" (intercalación en los "Tres Tratados" de 1905), Freud introdujo otra fase de desarrollo para la organización genital infantil: tras la oral y la anal-sádica y antes de la

explícitamente genital, intercalada así literalmente entre ambas, la "fase fálica".

En esta fase, en la que la oposición femenino-masculino, es decir, la tensión intergenérica, aún no ha desarrollado su "polaridad", de desarrolla ontogenéticamente el complejo de Edipo; filogenéticamente tiene su prehistoria en la fallida revolución de la horda de hermanos contra el padre primigenio con las consabidas consecuencias.

Esto dio le dio ocasión a Freud para formular una utopía. Mientras que en la vida del individuo a la fase fálica le sigue la fase genital, más mal que bien, en la historia de la especie es evidente que aún no hemos salido de la fase fálica: la propia persistencia del complejo de Edipo así lo atestigua. Esto nos da motivos para imaginar una utopía genital, en absoluto pregenital, en la historia del género humano, con los mismos derechos, incluso anteriores a la de una sociedad sin clases.» [Klaus Heinrich: *Anfangen mit Freud*. Frankfurt a. M.: Stroemfeld, 1997, p. 19]



«La fase fálica denota una primacía genital mutilante y mutilada. Sólo existe el falo y frente a él la vagina sólo como producto de la castración. Y no existiría el falo aislado si no se hubiera separado de una *vagina dentata*, esa vagina "dentada" con la que los mitos de los pueblos nos presentan una situación de lucha en la que un patriarca comienza a imponerse, por temor a la venganza de las mujeres oprimidas.

No se trata de la utopía genital que el psicoanálisis no sabe concretar, *a fortiori* tampoco de la transfiguración de una sexualidad polimórfica perversa, sino exactamente otra cosa: que las pulsiones parciales protestan contra una síntesis fálico-genital que no significa unión sino represión. Esto, pues, que se busque una síntesis que sería posible más allá de una primacía genital mutilante y mutilada, denota el momento emancipatorio con el que Freud recarga el concepto de sublimación.

Freud no lo comprime en una teoría, que dé respuesta a la pregunta de hasta qué punto un artista, tras el fracaso en relación con las normas de la primacía genital, realiza algo que fluctúa entre la satisfacción sustitutiva y la sustitución de la satisfacción; sino que lo hace porque, observando la ontogenia de cada individuo, constata que a cada uno de los estadios de maduración que atraviesa se le asignan ideas específicas de síntesis que, aunque condenadas a perecer por la primacía genital, continúan sin embargo apuntando, con sus exigencias insatisfechas, a una noción de unión no fatalmente truncada. [...]

La sucesión de etapas de madurez significa la sucesión de formaciones de síntesis a través de experiencias del propio cuerpo. Estas formaciones de síntesis son en parte sacrificadas, en parte subsumidas bajo una primacía genital que puede describirse como fálica. Sus intenciones de largo alcance se cruzan con un esquema de desarrollo que no alcanza la síntesis genital, invocando un proceso de sublimación que no quiere regresar a una etapa anterior a la primacía genital fálica, por la resignada constatación de que esta

es la única posibilidad, sino que pretende superarla.» [Heinrich, Klaus: *Psychoanalyse Sigmund Freuds und das Problem des konkreten gesellschaftlichen Allgemeinen*. Frankfurt a. M.: Stroemfeld, 2001, p. 307-309]



«Si la teoría psicoanalítica define el complejo de Edipo como la consecuencia de un acto, ya se histórico o con el que se inicia la historia, es decir, el asesinato del padre primigenio, entonces estamos ante un proceso que no hizo feliz a la horda de hermanos, sino que perpetuó la tensión no resuelta. Al interiorizar al padre primigenio, la historia comienza con una revolución fracasada desde el inicio.

Una revolución más lograda conduciría realmente a la formación de la genitalidad. El hecho de que el complejo de Edipo se forme ontogenéticamente en la fase fálica significa filogenéticamente que la sociedad humana no ha progresado más allá de esta fase: **que la genitalidad, a la que Freud aspira como meta de la terapia, aún no existe ni tiene relevancia histórica.**

En este punto nos encontramos con un extraño conflicto entre terapia y la teoría, que al mismo tiempo puede explicar por qué las teorías utópicas que vuelven a Freud lo hacen siempre recurriendo a su sistematización teórica.

Como es sabido, la oralidad, con su propio lenguaje, su propia forma de asociación, su propia forma de identificación a través de la incorporación, y que la analidad, con su propio lenguaje, sus propias expresiones corporales, su propia forma de identificación, que ahora significa la formación de la autonomía, no sólo ha sido elevada a teoría por Freud, sino que se le ha dado la dignidad ser la base de la teoría en el análisis de historias de casos; y no deja de sorprender (véase el análisis del "Hombre de los lobos") de qué teorizaciones es ya capaz un niño cuando orienta su "investigación sexual" hacia las fases oral y anal.

Con la fase fálica ya se ha llegado a un límite: las formas de compararse y medirse que le son propias no sólo significan competencia, sino que mediante la cuantificación designan "en absoluto" una relación comparativamente abstracta con toda sustancia sometida a tales formas de manipulación.

A lo que viene después de esta fase ya no se le concede el rango de construcción teórica: los sueños de los adolescentes siguen siendo meros sueños; aunque contengan el germen de la construcción teórica revolucionaria (ontogenéticamente hablando), se les niega la dignidad de material constructivo.

Lo que habría que construir en este punto sería nada menos que el marco de una teoría de la genitalidad. Ahí radica el conflicto entre la terapia y la teoría dentro del psicoanálisis: que todavía no haya sido posible formar una teoría de la genitalidad, sobre la que el propio Freud no reflexiona, se debe a que los teóricos no hayan hecho su trabajo, sino obviamente a que las aspiraciones contrafálicas, formuladas en sueños, fantasías y asociaciones ontogenéticamente posteriores no emergen con la misma fuerza histórica.

Teóricamente, nos movemos aquí en tierra de nadie. Y es precisamente en este punto donde tendría que producirse el avance (el desarrollo, la maduración) hacia la genitalidad, que es lo que se persigue en la terapia (aquí Freud se aferra a su utopía).

Mientras la terapia avanza hacia este objetivo, las utopías que siguen a Freud se regresan ahora a las dos primeras fases de la evolución libidinal, bendiciéndolas y consagrándolas, y no les falta en ello razón: **pues, como la fase fálica no significa todavía genitalidad, sino una forma de síntesis abstracta, si no se la considera una etapa de transición, se la ve como una vuelta a las formas materiales de unión de mayor alcance características de las fases oral y anal.**

Les llamaré a ustedes la atención que la fase fálica, en la medida en que está revestida con el material de esas formaciones míticas de las que Freud también se nutre cuando construye su teoría del padre primordial, de la horda de hermanos y del parricidio primordial, se manifiesta como la de la primacía de la sexualidad mutilante y mutilada: aquí sólo se trata del falo y no de la vagina, a la que, sin embargo, no sólo le falta algo, sino que también se identifica como un producto de la castración (aquí se ha cercenado algo).

Y el falo existe en realidad solo como algo que ha sido cortado, cercenado, y la vagina, que patriarcalmente aparece como mutilada, es de repente la mutiladora como *vagina dentata*. Ontogenética y filogenéticamente, pues, la primacía de la sexualidad mutilada y mutiladora se aplica a ambos bandos: al masculino y al femenino, así como al patriarcado y a una forma desarrollada de matriarcado.» [Heinrich, Klaus: *Arbeiten mit Ödipus. Begriff der Verdrängung in der Religionswissenschaft*. Frankfurt a. M.: Stroemfeld, 1993, p. 236-238]

LA DISOCIACIÓN ERÓTICA

Los sentimientos de ternura y aprecio están dirigidos hacia la madre y las figuras maternas; mientras que los impulsos erótico-sexuales van hacia “las mujeres”, en plural, como objeto de satisfacción del deseo y de confirmación de la virilidad.

La sexualidad y la ternura (eros diatrófico) corren disociados, nunca paralelos, en un proceso de disociación erótica, que conduce prácticamente a una “doble moral”.
